

Vic Peterson

LOS GANGSTERS INVESTIGAN

Si Dave Conway hubiera sido más diplomático y menos violento de carácter, sus propios compañeros de profesión no le hubiesen calificado de salvaje testarudo.

Pero Dave Conway, cuando adquiría una convicción, se aferraba a ella como una vigueta a sus remaches, según expresión de Jerry Addams.

Ambos tenían constantes discusiones, y los demás componentes de la Brigada Criminal del Octavo Distrito comentaban que era un error que podía tener mal fin, el que ambos, en vez de evitar cuidadosamente el entablar polémicas, parecieran siempre deseosos de buscar motivos para sustentar opiniones contrarias.



Vic Peterson

Los gánsters investigan

Detective - 18

ePub r1.0
LDS 15.12.18

Título original: *Gangsters searching out*
Vic Peterson, 1953
Traducción directa del inglés de: Manolo Jordan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Los gansters investigan
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

Capítulo primero

Si Dave Conway hubiera sido más diplomático y menos violento de carácter, sus propios compañeros de profesión no le hubiesen calificado de salvaje testarudo.

Pero Dave Conway, cuando adquiría una convicción, se aferraba a ella como una vigueta a sus remaches, según expresión de Jerry Addams.

Ambos tenían constantes discusiones, y los demás componentes de la Brigada Criminal del Octavo Distrito comentaban que era un error que podía tener mal fin, el que ambos, en vez de evitar cuidadosamente el entablar polémicas, parecieran siempre deseosos de buscar motivos para sustentar opiniones contrarias.

El inspector Callaghan, subjefe de la «Octava», en una de las raras ocasiones en que estaba de buen humor, sentenció que Addams y Conway, eran un perfecto matrimonio. Peleaban para darse después el gusto de hacer las paces.

Afirmó que si algún día, uno de los dos pasaba al último sastre, cosa muy posible, el otro lloraría desconsolado mientras se tomasen las medidas del ataúd.

La posibilidad de que uno de los dos llorase, viendo el cadáver del otro, era puesta en duda. Pero la casi certidumbre de que uno de los dos moriría de modo violento se basaba en dos verdades: la primera era que un policía testarudo arriesgaba mucho en el octavo Distrito de Chicago en el año 30, y la segunda verdad era que no había modo de «ablandar» a ninguno de aquellos dos tercos, que parecían completamente refractarios a todo soborno o insinuación.

El día 2 de junio de 1930 iba a ser un día que, por varias razones, Dave Conway recordaría toda su vida. Un cambio brusco de tiempo, y el sofocante bochorno del día anterior se había trocado

en áspero vendaval casi helado.

Un aspecto meteorológico que confirmaba que el Lago era caprichoso, y que permitió que cierto personaje pudiera transitar con las solapas de su ligero abrigo de entretiempo alzadas, sin llamar la atención.

El tema del tiempo fué invocado por Jerry Addams al salir del cuerpo de guardia y encaminarse, libre de servicio, hacia su pensión.

Encontró en el protegido andén de acceso al metro a Dave Conway, y lo atribuyó a casualidad.

—Un tiempo loco. Ayer se asfixiaba uno, y ya ves, ahora hemos tenido que echarle mano al abrigo.

—Vamos a dar un paseo, ¿quieres?

Jerry Addams miró con repentina agresividad a Conway.

—Eso les dices a los que quieres interrogar.

—Vamos a dar un paseo, ¿quieres? —repitió Conway.

Las cuadradas mandíbulas y la chata nariz de Dave Conway conferían dureza hasta al más trivial de sus saludos.

Jerry Addams miró su reloj de pulsera. Las diez y media. Le sobraba una hora y media para asearse y acudir a su cita… algo clandestina.

—Vamos, pero sin pasear. Allí mismo. No me vendrá mal algo caliente.

Y a la vez qué hablaba abandonó el andén para dirigirse hacia el bar, donde tenían cuenta abierta los de la «Octava».

A su lado, Dave Conway especificó:

—Tenemos que hablar a solas, y el mejor medio es ir andando.

—Espera a que te asciendan para mandarme. ¿Quién demonios te crees tú?

—Tu amigo.

Dos palabras que nunca las había oído Addams de boca de Conway. Se sorprendió tanto, y más ante la seriedad con que pronunció su colega las dos palabras, que casi murmuró con dulzura.

—Vamos andado. ¿Te pasa algo grave?

—Dependerá de tus respuesta, Jerry. No tengo por costumbre ir con rodeos, pero ahora son necesarios. Nos consta a los dos que tu gran defecto es que eres enamoradizo en grado sumo. Es una

enfermedad incurable. Unas faldas, y estás ya dando brinquitos como un potrillo en el prado.

—Una enfermedad propia de mi elección al nacer, cuando le dije al juez que me apuntara como varón en la casilla correspondiente, y sobre todo le rogué qué no se equivocara.

—Dice Wilkes que el loco es aquél que busca a la mujer, y el sensato aquél que espera que ellas le vengan a buscar.

—Peter Wilkes y sus máximas te atontan, Dave. Hace fresco, y tu compañía me es muy grata, pero tengo prisa.

—Caminando se pasa el frío. Hasta ahora tenías una gran cualidad.

—Vaya… Celebro saber que me encuentras una cualidad.

—Los dos la tenemos. Con mucho orgullo, podemos decir que a nosotros dos no hay quien nos apee del burro. No hay crápula que tenga dinero bastante para comprarnos.

—Ahí sí que diste en diana… —empezó a decir, satisfecho, Jerry Addams.

Pero a la vez que se truncaba su satisfacción repentinamente, se detuvo, crispado el guapo semblante.

—Dijiste que esta cualidad de no dejarme comprar, la tenía yo… hasta ahora. Los demás te tienen por un bruto, pero yo sé que además posees cabeza, y no empleas palabras de doble sentido inconscientemente, sino muy a conciencia. Te he tolerado muchas cosas, Dave Conway… No rebases el límite.

—Dependerá de ti.

Se habían detenido en el excesivamente ventilado cruce de la Avenida Norte con la Fullerton, en la amplia acera de su plazoleta central.

—Acabemos ya y pronto, Conway. ¿Por dónde apuntas?

—Tú no eres de los que cogen dinero, pero la crápula es mal intencionada, y hemos de reconocer que a veces son listos. Yo no te he espiado, y sólo por pura casualidad te vi en compañía de una chica.

—Ya te veo venir… Cuidado, Conway. Cuidado.

—Eso te digo. Me pareciste estar muy acaramelado, y buscáis lugares muy tranquilos para charlar. Piensa un poco, Jerry… La crápula, si no consigue sobornarte con dinero, puede intentarlo enviándote a una chica…

—Que es decente.

—¿Sí?

Fué una sílaba tan sólo. Una interrogación que disparó el muelle… Jerry Addams echó el codo hacía atrás, cerrado el puño.

Dave Conway adelantó las dos manos, asiendo en palmada brusca los bíceps de su colega.

Permanecieron un instante inmóviles, casi juntos los rostros. Se congestionó un poco el macizo y redondo cuello de Conway, en su esfuerzo para contener el doble puñetazo…

Por fin, Jerry Addams retrocedió un paso. Casi escupió:

—Hemos acabado, Conway. De ahora en adelante, no me hables más. Sólo lo preciso y necesario. De cualquiera hubiera aceptado lo que acabas de insinuar, menos de ti…

La paciencia de Dave Conway también tenía su límite. También escupió las palabras:

—Te darás cuenta cuando ya será tarde, cuando ya la crápula te haya cazado por medio de ella…

Jerry Addams se alejó. En su apresurada zancada había una contenida violencia. No quería pegarse con aquél que hasta entonces había sido su único amigo.

Dave Conway hundió las manos en los bolsillos de su abrigo, y cuantos le miraron al pasar por su lado, pensaron que o era un boxeador con dolor de estómago, o estaba rumiando un crimen.

Exactamente a las doce, poco más de una hora después de haberse alejado furioso para no agredir a Conway, Jerry Addams olvidaba su reciente malhumor.

No importaba que el cielo estuviera gris y que el viento arreciara. No existían contrariedades ni inclemencias climáticas, cuando unos ojos masculinos se posaban en la armonía deliciosa que se aproximaba.

No muy alta y de proporcionada esbeltez, Coral Rinaldi era como un cisne deslizándose gentilmente en un charco turbio. Porque turbio y enlodado era el terreno que siempre pisaba Fosco Rinaldi.

Para el policía resultaba un crimen que un encumbrado pistolero, brutal y sin escrúpulos como Fosco Rinaldi, fuera el autor de los días de aquella deliciosa criatura.

Un gorrito de lana azul, además de hacer resaltar el claro rubio

de los cabellos y hacer juego con el chaquetón, daba picara expresión al aniñado semblante de Coral Rinaldi.

La falda de tejido escocés, la blusa y los zapatos, fueron detalles en los que no se fijó Addams.

Abandonó el semiarco de aquel entrante del Garfield Park, para tender la mano y contemplar con embeleso a la hija de Rinaldi.

Los dos se sonreían, sin hablar. Permanecieron un largo instante con las diestras en estrecho contacto. Por fin, ella rió alegremente:

—Hace frío, Jerry.

El policía pensó que todas las opiniones de Coral Rinaldi compendiaban la quintaesencia del buen sentido y originalidad.

¿Cómo podía aquella maravilla de inteligencia y delicias ser la hija de una bestia negra como Fosco Rinaldi?

Sin decírselo, pero de común acuerdo, ambos fueron hacia el banco más protegido.

Los transeúntes, escasos, pasaban apresuradamente, asiéndose ellos los sombreros y ellas las faldas.

Pero no existía nada ni nadie en torno a la pareja. Ella consideró natural que su diestra quedara entre las dos manos de Addams.

—Dispongo sólo de una hora, Jerry.

—Tenemos que hablar muy en serio, Coral. Nos queremos, ¿no? Y cuando nos conocimos no sabíamos nada el uno del otro… Pero tendré que hablar con tu padre.

—¡No…, todavía no! —exclamó ella, obscurecidos por el temor sus azules ojos.

—Será peor si lo descubre por su cuenta. ¿Qué hay de malo en que tú y yo nos queramos? Fosco tendrá que atenerse a razones. Jura y perjura que lo único limpio en su vida eres tú. Te quiere… Yo estoy dispuesto a hablarle.

—No lo hagas… todavía, Jerry. Déjame que yo prepare vuestra entrevista. Buscaré una ocasión propicia… También ha sido mala suerte, Jerry… irnos a enamorar tú y yo.

—No digas eso. ¿Mala suerte? Desde que te conocí, apenas nos miramos, adiviné por fin lo que era el amor verdadero.

La conversación tomó otro cauce. Ya no existían problemas, porque ambos entablaban una discusión acerca de cuál de ellos se había dado cuenta primero de que era «verdadero amor eterno».

A unos cincuenta metros, en la manzana de la 14 Este, había un

salón de té, desde cuyos ventanales se divisaba confusamente el contorno sur del Parque Garfield.

En una de las cabinas telefónicas, una mujer rubia, de ojos azules, había marcado unos números. Contestó una voz masculina:

—… Levelyn al habla.

Una sonrisa aviesa se bosquejó en los labios de la que dijo:

—Si eres hombre, William Levelyn, si tienes dignidad, puedes comprobar que no hay falsedad en los anónimos que recibes. Pero ten prudencia, Levelyn, porque el que está con ella ahora, apenas te vea, disparará. Ten prudencia, Levelyn, si te atreves a ser hombre, y no acudas por la 14 Este, sino por Washington Bulevar. Saldrás exactamente detrás de la Fuente de las Ranas. Contemplarás un cuadro muy romántico… Ella ultimando su plan de fuga amorosa con él. Pero ten prudencia, Levelyn, y si eres hombre…

Apartó la comunicante el pañuelo con el que ante su boca había estado sofocando su voz. Habían colgado el auricular al otro extremo.

En los ojos azules de la anónima comunicante había una perversa luz risueña, que no la abandonó hasta que volvió a ocupar la mesita junto al ventanal, desde el que confusamente se divisaba el contorno sur del Garfield Park.

Coral Rinaldi había vencido. Ella era la que más quería al que en el calor de las argumentaciones pasó su brazo derecho por el talle de su adversaria.

—Al fin y al cabo, y si es preciso, por ti lo sacrificaré todo, Coral. Estoy dispuesto a pedir el traslado a otra ciudad, si tu padre consiente en que nos casemos. Esto sí… No quiero que te dé ni un dólar de dote. Prefiero que nos vayamos de Chicago, y no te ha de extrañar. Es también triste que hasta el propio Conway no haya comprendido que tú no eres culpable de ser la hija de Rinaldi.

—Yo… yo no me avergüenzo de serlo —dijo ella, temblorosos los labios—. Conmigo es bueno, ¿sabes?

Los labios iniciaban un puchero infantil, y presuroso Jerry Addams dijo:

—Eso es, eso es. No vayamos ahora a estropear una mañana tan hermosa…

—Yo sé que vosotros odiáis a mi padre.

—No, no… No es odio, compréndelo… Tampoco me odia Fosco,

aunque claro, no me quiere.

—Pero si renuncias a tu profesión, ya no existirán motivos para que mi padre se niegue a nuestras relaciones.

—Mi profesión es muy decente, Coral. Y es la única que tengo.

—Seguir viéndonos así, ocultamente, como si hiciéramos algo malo, me remuerde la conciencia.

—Por esto mismo, será mejor que yo me enfrente lo antes posible con Fosco. Hablemos de otra cosa. Vamos a ponernos de acuerdo para nuestra próxima entrevista.

Un coche se detuvo en el término del Washington Bulevar en su ampliación de acceso al Garfield Park. Su único ocupante, al bajar, alzó las solapas de su abrigo ligero, apresurando el paso.

Crispaba la diestra en el bolsillo, en rededor de la culata de su «Luger». Tenía prisa por llegar y comprobar por fin si los obsesionantes anónimos eran obra de «Un amigo que te aprecia» o malignas mentiras asquerosas.

La Fuente de las Ranas mostraba en su cerco de azulejos el verdor pétreo de los batracios de ancha boca abierta y roja, por la que lanzaban un constante chorro de agua hacia la concha central.

Y desde ella se divisaban claramente las dos espaldas. El rubio cabello peinado con aquella onda terminal hacia dentro… «A lo paje», pensó el que sacó la diestra del bolsillo del abrigo.

Así lo había dicho ella al regreso de la peluquería, dos semanas antes. El gorro y la chaqueta, «modelos exclusivos», por los que había pagado una factura escandalosa.

Y aquel brazo varonil rodeando el talle…

Disparó con fría decisión, en constante pulsación del índice… Con su habitual sentido matemático…

Alternando el vaivén. La primera bala para la indigna, la segunda para el «joven, arrogante y guapísimo conquistador», como decían los anónimos.

Lo había estado meditando por el camino. No mataría…, pero si era incapaz de dominar su amor propio y su humillación quemante, dispararía con inexorable precisión.

El gorro azul era un excelente punto de mira. El sombrero de fieltro con su cinta gris, otro.

La chaqueta azul bajo el cuello de color más claro. El abrigo gris entre las anchas espaldas.

No detallaba William Levelyn con lentitud, sino al ritmo estridente de la pistola, cuyas dos balas restantes se alojaron en él torso de ella, caída de costado, sobre el hombre que se estremecía hacia delante…

William Levelyn era prudente. Por esto obedeció a su primer reflejo, y deshizo el camino andado apresuradamente, con lentitud. No quería volverla a ver… muerta.

Subió a su coche, puso el contacto, y condujo con precisión. Su decisión estaba tomada. Sin ella, no quería seguir viviendo.

Entregarse, suponía un proceso, ser objeto de burlas solapadas, y en el mejor de los casos, y gracias a que su dinero le permitía el mejor de los abogados defensores, una condena de unos cuantos años…

No los podría resistir. Escribiría una carta adjuntando los anónimos, y relatando la comunicación telefónica procedente de una voz desconocida, apagada, como asmática, pero concisa y muy audible.

Después de escribir…, una sola bala más.

En el Garfield Park, un cerco, de policías invitaba a circular a los curiosos.

En el interior del cerco, otros policías de paisano se movían, hablaban con breves comentarios en espera de la ambulancia, que al poco dejó oír su aullido lastimoso.

Los dos camilleros saltaron con agilidad, pero refrenó su ímpetu la negativa del primer policía que lea abría paso.

Y en el interior del cerco, a poca distancia del banco en que se confundían en trágico abrazo, de bruces ella, y colgantes brazos y cabeza, con él tórax inclinado como si quisiera protegerla él, un policía dijo:

—Aunque hubieseis llegado al mismo tiempo que los disparos, hubiera sido tarde. No debieron ni darse cuenta…

CAPÍTULO II

El inspector Callaghan volvió a pensar lo mismo de siempre, cuando se encontraba en aquella sala. En cualquier estación del año había una pegajosa humedad en el Depósito Forense.

Una segunda sábana se tendió sobre el cuerpo de la segunda mesa. En su escritorio, el forense mojó la pluma.

El inspector Callaghan había aliado en esta ocasión un sentimentalismo a su celo profesional, al enviar un aviso a Dave Conway.

Era sentimentalismo esperarle allí, para permitir que Conway se despidiera definitivamente del que había muerto, no en acto de servicio, como era de suponer, sino pacíficamente sentado en un banco, en femenina compañía.

Era celo profesional encomendar a Dave Conway las pesquisas. Los demás estaban equivocados al no saber adivinar que dado el carácter de Dave Conway, sólo de una manera podía traducirse su amistad.

Violenta y bruscamente.

También fué violenta y brusca la entrada de Dave Conway, porque ni se quitó el sombrero ni saludó a nadie.

Apartó al funcionario que iba a levantar la sábana, y él mismo descubrió de un tirón la cabeza y el desnudo torso.

Se aproximó el inspector Callaghan, que notificó:

—A las doce y cuarenta, en Garfield Park…

—Después.

Dave Conway sonreía escasamente. Por esto enmudeció Callaghan, porque la sonrisa que temblaba en los labios de Conway era desagradable de mirar.

Hubiera preferido que se desahogara con su acostumbrada

violencia, pero Dave Conway estaba hablando. Lo que decía tenía poco sentido, y era ancha y torpe la mano que palmoteaba la mejilla fría…

—No nos dijimos ni siquiera adiós, Jerry. Íbamos a pelear… Te enfadaste conmigo. La cara y el pecho limpios, ¿eh, compañero? No se atrevieron a darte frente. Tuvieron que dispararte por la espalda, esa cobarde crápula. Y yo te acusé injustamente de dejarte engatusar… Pero te diste cuenta, ¿verdad? Por tu bien y por mí mismo te hablé como lo hice. Si tú hubieras sido como los demás, no me hubiera importado. Un plomo en la nuca y otro en la espalda… ¡Maldita crápula condenada!

La diestra de Conway se despidió de Jerry Addams. Un ademán brusco. Un tirón en los cabellos…

La sábana volvió a tensarse sobre el cadáver.

Dave Conway se mojó los labios repetidamente, pero su lengua no le refrescó el ardor que sentía.

Pestañeó, porque sus párpados le escocían.

—Estaremos mejor en mi despacho, Conway.

El agente asintió, y mientras subían en el ascensor, declaró:

—Sólo me han dicho que le acribillaron por la espalda, y que no saben quién disparó. Que murió en el acto. Y que había una mujer con él. Lo propio de Jerry… Siempre estaba con mujeres. Era una enfermedad.

Sin replicar, el inspector, Callaghan empujó la puerta, atravesó un corredor, y despidió con un gesto al que mantenía abierto el acceso a su despacho.

Fué a colgar sombrero y abrigo en la percha, y pasó a sentarse. Adoptó su postura meditativa, juntando las yemas de los dedos, sólidamente calados los codos en los brazales del sillón.

—Testigo de vista, ninguno… Los seis disparos se oyeron y los de ronda en la 14 Este acudieron los primeros. Queda establecido que los disparos partieron desde el lado izquierdo de la Fuente de las Ranas. Recogieron seis casquillos de una «Luger» calibre corto. Los seis disparos acreditan pulso certero.

—Hay cientos de pulsos cobardes y certeros por este distrito.

—Jerry Addams era su amigo, y usted llevará la investigación. Tal vez pueda reducir al mínimo los posibles poseedores de la «Luger» que le mató.

—Seguro… No será difícil encontrar al que lo ordenó. Usted sabe perfectamente que en el Octavo hay dos mandones: dos crápulas a los que les estorbaba mucho Jerry. Uno, Don Carfax; el otro, Fosco Rinaldi.

—No vaya tan aprisa, Conway, y deje aparte a Fosco Rinaldi.

—¿Sí?

Una interrogación que molestó al inspector Callaghan.

—He dicho que deje aparte a Rinaldi, porque la mujer que estaba en el parque con Addams, era Coral Rinaldi.

Dave Conway no ocultó su asombro. El inspector prosiguió:

—A ella le alojaron cuatro balas. Aquí tiene los testimonios de levantamiento. No he avisado a Fosco… Queda a su arbitrio, desde este momento, y sería superfluo que le indicara que Fosco Rinaldi le tiene muy poca simpatía a usted.

—Cosa que me satisface.

—Jenkins y Dover están de turno.

—Prefiero ir solo en estos primeros pasos. ¿Ha metido las narices la prensa?

—Cuando el agente que llegó primero encontró el carnet de Jerry Addams, lo comunicó a los demás que acudieron. Por varias razones, es por ahora preferible mantener en silencio que Addams y la hija de Fosco estaban juntos. Pero no pasará mucho tiempo sin que tengamos que dejar paso a los periodistas.

Dave Conway recogió los diversos informes y, en pie, dijo:

—Espero que nadie habrá comunicado desde aquí con Rinaldi.

—¿Por qué aludió usted a Don Carfax?

—Usted le conoce bien a Carfax, inspector. ¿No le oyó decir que reinaría la paz en el Distrito Octavo, si Fosco lo aceptaba por yerno?

—No.

—Medite un poco sobre esto. Carfax quería casarse con Coral Rinaldi, y Coral Rinaldi se veía en sitios solitarios con Jerry Addams, un policía al que consideraban muy molesto Carfax y Rinaldi. El propio Rinaldi pudo muy bien enviar a un crápula… sin saber que era la propia Coral la que estaría junto a Adams. Y el crápula que disparó no quiso, sin duda, que de la pareja quedara uno para identificarle. Ella pudo volverse al oír el primer disparo… Por eso le he dicho que me interesa verme con Fosco antes que nadie le comunique nada. ¿Manda algo, señor?

—No conseguirá nada yendo a interrogar…

—Depende. ¿Dónde y a qué hora deberé informarle?

—Aténgase al reglamento, Conway. Tiene libertad de acción durante cuarenta y ocho horas.

En el corredor, Dave Conway miró a los dos agentes que aguardaban.

—No entra un periodista en el Depósito, Jenkins. A ello. Volveré.

Se dirigió Conway hacia las escaleras, seguido por Dover. Bajando, especificó:

—Localiza dónde anda Don Carfax, y cuando lo sepas, se lo comunicas por teléfono a Jenkins. Dirás donde me esperas, tan pronto des con Carfax, y ha de ser lo más cerca posible, pero a distancia suficiente. A ello.

En la calle, Conway no sintió el soplo del Lago. Tenía un calor especial que le corría por las venas y martilleaba en sus sienes.

Muchas veces había pensado que se diferenciaba en leve y sutil matiz de los pistoleros del Octavo Distrito. La diferencia consistía en que ellos mataban con placer a policías que no aceptaban sobornos, y él sentía un inmenso placer que nunca había sido tan intenso como ahora, al pensar que los «dueños» del Octavo Distrito sabían que sólo un Jerry Addams o un Dave Conway eran insobornables pistoleros al servicio de una testarudez salvaje.

Un callejón sin salida, porque ambas pugnas tenían un fin: la dura mesa de un depósito forense.

* * *

William Levelyn iba escribiendo con esmerada caligrafía:

> «Mi acto al matar a mi esposa y al hombre que con ella se entrevistaba secretamente desde hace más de quince días, como consta en los anónimos que adjuntaré a esta confesión, hubiera podido merecer cierta compasión del tribunal encargado de sentenciarme.
>
> »Pero el fiscal, con mucha razón, y lo hubiese

> ignorado, alegaría que existe el divorcio si no congenian los esposos. Hubiese ignorado que ella me pidió insistentemente la separación. No accedí, y ella me tenía rencor, porque no disponiendo de fortuna alguna, y aunque en estos momentos finales me sea más doloroso escribirlo, ella no me ocultó cuando nos casamos que no me amaba. Me dijo que solo, me tenía afecto. Comprendí que era mi dinero el motivo de su afecto. Es cínico y desgarrador confesarlo. No me importó entonces. Yo le repetí que al no dar yo motivos ni poder ella alegar causa justificada, debía continuar dependiendo de mí, y si lograba obtener una demanda fracasaría, porque mi dinero me permitiría anular su petición. Llegó a decirme que mi avaricia igualaba mi pasión por ella».

Alzó Levelyn la mano, mirando fijamente el retrato colocado sobre la mesa.

¿Por qué, confesaba? ¿A quién podía interesarle el último conflicto que ya había terminado? Escribía mortificándose, y sin embargo le era necesario.

Tenía que escribir que era apasionadamente celoso, y que ella sabía perfectamente que cumpliría su juramento.

«Si supiera que amas a otro hombre, si tan sólo comprobase que otro hombre te inspira lo que yo no he podido conseguir…, te mataría. Os mataría a los dos».

Un arrebato indomable, porque ella sabía a veces con una sencilla sonrisa, enloquecerle.

Se dispuso a escribir de nuevo, y su mano permaneció inmóvil. Un sudor frío invadió repentinamente sus facciones lívidas.

Alguien estaba abriendo la puerta del departamento, desde fuera. Alguien que empleaba una llave… ¡que sólo tenían él y ella!

Dominó su escalofrío, y cogiendo su pañuelo, se esponjó el rostro. Era lógico que la policía, al encontrar en el bolso el llavín, lo empleara ahora.

Se puso en pie, desencajado el semblante, sintiendo un supersticioso horror primitivo acumularse en su cerebro. Un alarido

iba a brotar de su garganta si no se dominaba.

Aquel taconeo… era inconfundible. Pasos menudos, vivos juveniles…

William Levelyn se mordió los labios, engarfiando las manos en el borde de la silla, que acababa de abandonar.

¿Sufría una horrorosa alucinación?

La puerta del despacho se abrió, y Malvina Levelyn entró, quitándose el gorro azul y sacudiendo el rubio cabello «a lo paje».

Sonreía con amable mohín, pero de sus ojos azules no se borraba aquella risueña burla…

—Estás muy blanco, Bill. ¿Te encuentras mal?

William Levelyn no supo de dónde sacó fuerzas para contestar:

—No me encuentro bien.

—Será este brusco cambio de tiempo. Pero cuando nos despedimos a las once, estabas perfectamente. No debiste salir…

—No he salido.

—¿No? ¿Quién dejó, entonces, el coche delante de la casa? Después pagarás la multa, si alguno de estos amigos tuyos a los que prestas el coche lo ha aparcado en sitio prohibido. ¿Qué estás escribiendo, Bill?

Reaccionó él prontamente. Estrujó la carta recién empezada, al cogerla para colocarla bajo la carpeta, junto a los anónimos.

Ella rió:

—¿Secretos, Bill? Me da igual. Hoy estoy de buen humor. ¿Por qué no me llevas a comer al «Cosy»? No siempre hemos de ir al mismo sitio, aunque sirvan la mejor cocina de la ciudad.

—¿Dónde has estado?

—Estás trágico, Bill. He estado donde te dije: con la pedicura, y después en los «Canadian Furs». Cuando el verano empieza, liquidan a precios magníficos pieles espléndidas. He visto una capa de martas que es un primor.

William Levelyn se sentía mareado. Se excusó:

—Déjame unos instantes, Malvina. Creo que…

No acabó la frase. Su repentina convicción de que había matado a dos seres completamente desconocidos, le abrumó. En la turbamulta de sus pensamientos, uno predominaba. Dos mujeres vistiendo completamente igual, los mismos cabellos…

Intentó evitarlo, pero la sacudida emocional había sido excesiva.

Quedó reclinado contra la silla, sin sentido.

Muy leve y pasajero desmayo, del que se repuso apenas transcurridos dos minutos. Se incorporó en el diván de su despacho. Sentada a su lado, Malvina Levelyn le quitó de la frente el pañuelo empapado en colonia.

—Estás extraño, Bill. Tú, el hombre fuerte y dominante. Creo que te conviene un paseo al aire fresco. Llévame al «Cosy», y así evitarás también que se acumulen los papelitos de multa en tú parabrisas, o que el viento se los lleve, y sería peor. La policía vendría a buscarte. ¿Quieres que llame a un médico? Estás temblando, Bill.

Se puso en pie William Levelyn. Casi como un autómata cogió el sombrero y abrigo que le tendía su repentinamente cariñosa esposa. Sí, necesitaba, aire fresco… También como un autómata se encaminó hacia la puerta, que ella cerró desde fuera.

CAPÍTULO III

Fosco Rinaldi tenía dos domicilios conocidos. El particular, rodeado de jardines, en el Michigan Bulevar, y custodiado por honorables detectives privados.

El personal, donde recibía visitas de muy distintos personajes, situado en una hermosa casa de una sola planta, en el Lincoln's Park.

No eran honorables detectives privados los que aquí custodiaban el acceso al interior. En junio del 30, se llamaban Enzio Pertile el más joven ingresado y Buddy Wilson el más antiguo, que compartía con Godfrey Loyal la lugartenencia.

Fué Enzio Pertile el que a las dos menos diez abrió la puerta para examinar con severidad al que acababa de pulsar el timbre.

—¿Desea usted algo? —preguntó de un modo que daba a entender claramente que lejos de allí se estaba muy bien.

—Ver a Fosco.

—¿Conque ver a Fosco, eh? A estas horas tiene la mala costumbre de comer. Imítele, y vuelva pasado mañana a mejor hora.

Enzio Pertile iba a cerrar, y le sorprendió la actitud del que a solas se atrevía a interponer su corpachón entre el marco de la puerta, ésta y su personilla.

—Avisa a tu amo, crápula. Dile que Conway, el policía Dave Conway, quiere verle con urgencia.

Enzio Pertile, cuya mueca de oledor de fetideces se había acentuado, se disponía a dar una réplica grosera cuando, en el vestíbulo, una voz manifestó:

—Deja pasar, y cierra la puerta y el pico, Enzio.

Buddy Wilson, alto y rubio, tenía cuarenta y dos años de edad, y veinte de experiencia delictiva en varias bandas, hasta que ingresó como «ejecutor» a prueba en la banda de Fosco. Y allí se doctoró.

Dave Conway avanzó, hundidas las manos en los bolsillos del abrigo, rectamente hacia el fondo del vestíbulo.

A su lado, Buddy Wilson no hizo el menor comentario. No le tocaba hablar.

Un hombre alzó una cortina. Fornido, basto, el pecoso Godfrey Loyal tampoco habló mientras por delante de él pasaba Conway. Fué después cuando anunció:

—Dave Conway, jefe.

La mesa del centro era redonda y rutilaba de vajilla plateada. El mantel era legítimo Holanda y los cristales de la lámpara habían sido tallados en Murano.

Al fondo del comedor había otra mesa menos rutilante, con tres cubiertos.

El cocinero se retiró al tiempo que entraba Conway.

Fosco Rinaldi tenía el cabello veteado de blanco, y algunas arrugas en las comisuras de los párpados. Su rostro era terso, y por ello destacaban más, las dos profundas arrugas del entrecejo y las nasolabiales.

Era florentino de origen, lo cual había servido para que muchos yanquis aprendieran etnología. No todos los italianos eran morenos, adiposos y joviales.

Los había de ojos azules, esbeltos y cortésmente serios.

—No le invitó a quitarse el sombrero, porque sé que no gasta usted cumplidos, Conway —dijo Rinaldi, sin acritud.

Removía con una cucharilla de largo mango el contenido, recién salido del horno, de la cazuelita con su postre favorito.

Buddy Wilson, Godfrey Loyal y por último Enzio Pertile fueron a ocupar sus sillas en la mesa apartada.

Dave Conway examinó al que soplaba en la cucharilla y decía:

—Este salvaje testarudo va a terminar mal. Le pronostico.

Alzó la mirada a la vez que abandonaba la cucharilla, y añadió:

—Me refiero a Gino, el cocinero. Tiene la manía de confundirme con un fakir de los que tragan fuego. ¡Enzio, mal educado! Acércale una silla al policía Conway. No digas lo que piensas, Enzio, y trae la silla. Después la quemas o la desinfectas si quieres. Es un muchacho

poco curtido, este Enzio.

Dave Conway quitó de las manos de Pertile la silla. Se sentó en ella cruzando los brazos sobre el respaldo, apoyando también en él su pecho.

Fosco Rinaldi cogió un cigarrillo de una cajita a su lado, y adelantó el rostro, acercándolo al candelabro de una sola vela.

Los tres pistoleros hicieron ruido con tenedor y cuchillo, pero Enzio Pertile no miraba al plato…

—Cuando quiera puede empezar, Conway.

—Es visita netamente particular, Fosco.

—Las visitas netamente particulares y confidenciales las recibo previa cita, Conway.

—No se trata de lo que supone.

—¿Adivina el pensamiento?

—Las visitas que usted llama confidenciales, se van con algunos billetes. Yo tengo mis ahorros.

Los azules ojos del florentino expresaron lo que sentía. Lo especificó:

—Hay rarezas incomprensibles. El día que usted se muera, todavía no sabré si le admiro o es usted simplemente un obstinado que pretende nadar contra la corriente.

Los pardos ojos de Conway escrutaban el rostro del «gángster».

—Un poco antes de la una pasó algo, Fosco.

—Las campanas tocaron los tres cuartos.

Enzio Pertile rió con nerviosa carcajada. Era maravilloso su jefe. Tenía unos golpes que…

—A la cocina, Enzio. Y no vuelvas hasta que te llame.

Obedeció, presuroso, el novato.

—En efecto, tocaron campanas, Fosco…, pero a muerto.

—Un sonido poco armónico. No está usted normal, Conway. De costumbre es más rápido en acusar. Y, como siempre, en falso. Aún recuerdo cuando se empeñó en que yo mismo, personalmente, le liquidé el negocio a Flaherty.

—No vengo a acusarle de nada, Fosco. Vengo a darle dos noticias que ignora… seguramente. Al menos una de ellas. Hacia la una menos cuarto, Jerry Addams recibió dos balazos.

—Una profesión arriesgada la suya, Conway. No puede sorprenderme que Addams se interponga en trayectorias peligrosas.

—Fué en el Garfield Park. Por la espalda. Con una «Luger», y dos balazos de los que sobraba uno, porque el primero ya era mortal.

—¿Qué quiere que le conteste?, Conway. Sé lo mucho que se apreciaban usted y Addams. El Hacedor los crea y ellos se juntan.

—Repetidamente usted ofreció diversos obsequios a Jerry.

—Reconozco que los rechazó… con malos modos. Igual que usted.

—Después comprenderá por qué soy tan amable, Fosco. Puedo equivocarme… como pudo equivocarse el pistolero, al no saber reconocer quién era la mujer que acompañaba a Jerry en aquel banco del Garfield Park, cerca de la Fuente de las Ranas.

—Esta vez se equivoca usted de lleno. Primeramente, no tengo confianza en la marca «Luger». Se encasquilla, aunque reconozco que en caliente funciona como una seda. Segundo, aunque era molesto el constante sondeo en mis asuntos privados del policía Addams, no lo era tanto como para sentir deseos de rezar por él. Y tercero, todos mis hombres han estado inactivos desde ayer.

—No soy tan necio para no adivinar que se está usted burlando, Fosco. De costumbre, usted sólo me inspira deseos de romperle la cara.

—¿No os gusta la comida o qué? —inquirió Fosco Rinaldi mirando a sus dos lugartenientes—. Sentados y quietos, imbéciles. ¿Decía usted, policía Conway?

—Es absurdo, pero me va a costar decir lo que sigue. ¿Sabe usted que últimamente he visto a su hija Coral en compañía de Addams?

Fosco Rinaldi aplastó el cigarrillo contra el plato. En su entrecejo una vena se hinchó…

—Mi hija debe estar siempre fuera de cualquier conversación. Y más para oír de ella una mentira. ¿Qué pretende? ¿Hacerme perder el control? ¿Es usted tan obstinadamente terco, tan absurdo, que busca una prueba contra mí ofreciéndome su avinagrado rostro?

—Me consta que Coral es para usted lo único decente en esta tierra. Pero he comprobado que usted no sabía que ella se entrevistaba con Jerry Addams.

—¡Buddy! Llama a casa, y que se ponga Coral al habla. Escuche, Conway. Le detesto cordialmente, y no quisiera rezar por usted. Pero si miente…, si quiere sacarme de quicio inventando algo tan

inmundo como suponer que Coral puede entrevistarse con un policía, que…

—No invento nada, Fosco —dijo, secamente, Conway.

Buddy Wilson regresó, y desde el umbral dijo:

—No ha llegado aún a casa, jefe.

Fosco Rinaldi se puso en pie.

Godfrey Loyal salió apresuradamente. El conducía el coche especial de Rinaldi.

—Mejor que fuéramos usted y yo, Fosco. Éstos… sobran.

—Voy a mi casa, Conway. Y allí no entra usted. Puede irse. Ella no me mentirá y… ¿Por qué me mira así?

Estaba el florentino colocándose el sombrero, camino de la puerta que Buddy Wilson mantenía abierta.

—Nunca creí que sentiría pena por usted, Fosco. Usted sabrá si envió o no uno de sus crápulas a matar a Jerry en la mejor ocasión que se presentase. Si fué así, el pistolero decidió también eliminar a la muchacha que estaba con Jerry…, para evitarse un testigo.

Buddy Wilson, cerrando la puerta, se dirigió al «Cadillac» que esperaba con Loyal al volante.

Y de pronto, Fosco Rinaldi proyectó las dos manos en zarpazo; no cogió desprevenido a Conway, pero éste, sin embargo, toleró inmóvil que las solapas de su abrigo permanecieran cogidas.

Los azules ojos eran ahora siniestramente febriles…

—No… No…

—Estoy iniciando las pesquisas, Fosco.

—No… No…

—Suélteme, Fosco. Nada se arregla con violencias. También Jerry era la única persona decente que yo estimaba.

Fosco Rinaldi desengarfió sus manos, pasándoselas lentamente por el rostro desde la frente hasta los labios. Cerrados los ojos, estuvo un largo rato con la punta de los dedos apretando sus labios.

Dave Conway ya no tuvo la menor duda. Si Fosco Rinaldi había encomendado matar a Jerry Addams, hubiera elegido a uno de su entera confianza, que podía muy bien, al disparar, no fijarse en la personalidad de la mujer que acompañaba a Addams.

Pero Godfrey Loyal y Buddy Wilson estaban lo suficientemente cerca, y Fosco Rinaldi no reaccionó contra ellos cuando, al separar las manos de sus labios, abrió los ojos y miró al policía como si le

viera por primera vez.

Repitió, con infinito desaliento:

—No…

—Está en mi Brigada. Me ordenaron iniciar las pesquisas, y decidí avisarle yo mismo.

Fosco Rinaldi avanzó dos pasos.

Miró agresivamente a sus dos lugartenientes…

—Fuera. Llevo yo el coche. Id a casa, y esperadme.

Godfrey Loyal bajó por la opuesta portezuela, y tras Rinaldi entró en el «Cadillac» blindado Dave Conway.

Sacó Conway la mano por la ventanilla, poco después. En la hueca palma llevaba la placa distintivo, que se había quitado del tirante.

El motorista que se disponía a «cerrar» delante del conductor que violaba la máxima permitida, bandeó de nuevo a la derecha.

Conway permaneció un instante con la mano al exterior.

No le agradaba el silencio ni la febril expresión de los contraídos rasgos faciales de Fosco Rinaldi.

—Me dio menos resquemor saber que murieron en el acto, sin sufrir. Sin enterarse siquiera, dijo el forense.

Fosco Rinaldi frenó en seco, evitando por centímetros el camión que viraba en la esquina, delante. Torció el volante, y como un bólido, el «Cadillac» se lanzó en el viraje, dejando atrás al camión.

Lo frenó ante el edificio sede de la Brigada Criminal del Octavo Distrito.

Delante de él, a larga zancada, Dave Conway llegó al ascensor, que poco después se detenía en los sótanos.

Fosco Rinaldi se quitó el sombrero, andando lentamente hacia la mesa donde el cuerpo, bajo la tensa sábana, era más esbelto y grácilmente contorneado.

Los dos funcionarios de servicio volvieron la espalda, fingiendo abstraerse en la computación de ficheros.

Dave Conway se cruzó de brazos. A su lado, Jenkins musitó:

—Ha telefoneado Dover. Está frente al 18 de la Avenida Madison, comiendo con unos politicastros.

Asintió Conway. Volvió también la espalda. Un hombre como Fosco Rinaldi llorando en silencio hubiera sido increíble… si no fuera Coral Rinaldi, «lo único limpio de su vida», la que estaba allí

quieta, insensible ya a la dureza e incomodidad de aquel penúltimo lecho. Pasaron unos minutos, y por fin Rinaldi se acercó:

—Dé las órdenes, Conway. Tiene ella que «venir» a mi casa. Dé las órdenes, Conway.

—Telefonea al subjefe, Jenkins. Dile que no hay inconveniente en el traslado de Coral Rinaldi.

—Los de la Prensa esperan, Dave. Están en el piso primero.

—Tan pronto esté ella en la ambulancia, ya no importa… Ya pueden enterarse. Tú sigue aquí, por si telefonea Dover.

En el ascensor, Fosco Rinaldi, enjuto el rostro, dijo con aspereza:

—Gracias por no permitir que la Prensa ensucie con su tinta en fotografías a Coral.

Dave Conway no contestó. Aquélla era sólo una tregua de alto el fuego…

En el exterior, dijo Rinaldi:

—Le llevaré adonde quiera, Conway. Suba.

Se instaló el policía de nuevo junto al volante. Esta vez, condujo Rinaldi muy lentamente, hacia el Michigan Bulevar.

—Dijo que era usted el encargado de las pesquisas. Vino ya a verme. ¿A quién más va a ver?

—Al otro.

—¿Qué otro?

—El que tiene dos razones para alegrarse de la muerte de Jerry Addams.

—Diga una de ellas.

La voz del florentino era de nuevo suave. Tenía las órbitas dilatadas, como si no pudiera pestañear, fija la mirada en el asfalto, lejos…

—Eliminar al que también le molestaba.

—La otra.

—Debía saber lo que ya sé yo ahora. Que Coral amaba a Jerry de verdad. ¿Es cierto que cuando Don Carfax propuso una alianza, usted le dió un bofetón?

—Un bofetón sin fuerza. Fué peor… Estábamos solos, pero Buddy escuchaba y abrió la puerta. Don Carfax se fué. ¿Va a verle ahora?

—Sí.

—No vaya todavía. Déjeme recuperarme… En cierto modo,

podemos tener un armisticio, Conway. Usted quiere atrapar al asesino de su amigo… y yo también. No conseguirá nada atacando de frente… Hay que interrogar primero a los «ejecutores» de Carfax, y yo sé cómo… Yo puedo ayudarle en esto, y después cada cual a lo suyo, Dave Conway.

Dave Conway asintió y dijo:

—A ello.

Dave Conway se encogió de hombros, y refunfuñó:

—¿A qué hora vuelvo a visitarle y dónde, Fosco?

—Tengo más prisa que usted, y por esto mismo hay que ir despacio. Don Carfax es más falso que yo… No hay que ser bruscos… Mañana a primera hora estaré en casa de Coral… En la casa donde nunca entró ningún policía… ni ninguno de los míos. Era suya, de ella, ¿sabe?

El «Cadillac» arrancó con potente estridor. No quería el que lo conducía que por segunda vez le vieran llorar…

Dave Conway se encogió de hombros, y refunfuñó:

—A buena hora. Si no fueras quien eres, no… estaría ella como está.



Habían desaparecido los anónimos, sus cartas y...

Anduvo hacia la Avenida Madison. Algo íntimo, insobornable también, le hizo mascullar entre dientes:

—No tiene que ver una cosa con otra. Y yo debí comprender que Jerry no estaban tonteando con Coral.

Cuando entró en el automático, desde cuyo umbral le hizo señas Dover, se dirigió rectamente al distribuidor de café.

Introdujo la moneda y esperó a que subiera el platillo.

A su lado, Dover informó:

—Entró a las dos y cinco. Con…

—No me importa. Anótalo, y vete al Garfield, a recoger cuantos informes puedas. Lo de siempre. Si alguien vió algo o a alguien. Los de la ronda de la 14 Esté, te darán los informes que hayan obtenido, si es que han obtenido algo. ¿Te vieron los crápulas de Carfax?

—No.

—Mejor. A ello.

Se marchó Dover, y acabó Conway de tomarse el café. Sentía ahora frío en las venas. Estaba solo, completamente, sin amigo.

Y no le quedaba siquiera el recurso de una mujer porque para él eran una necesidad instintiva sin mañana. Para él, hasta entonces, ninguna mujer había sido una obsesión que durase más allá de unas horas.

CAPÍTULO IV

A la señal de William Levelyn el camarero retiro el segunda plato, y Malvina Levelyn comentó:

—No haces honor a la comida del «Cosy», Bill. Es excelente, y persisto en que deberías hacerte visitar esta tarde por tu médico, Bill. Estás como ausente. También es desgracia que una vez que estoy de buen humor, no me hagas ni caso.

—Perdona, Malvina. Tienes razón. Iré a visitar al doctor.

—Parece como si estuvieras horrorizado como si despierto soñaras con una pesadilla.

William Levelyn miró el chaquetón colocado sobre la silla. Después el gorro de lana azul, con apliques en arabesco bordado…

Ella comía con pulcro deleite.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que este modelo era exclusivo, Malvina. Al menos éste fué tu comentario, cuando protesté del elevado precio de la factura del modisto. Me contestaste que no fuera tacaño, ya que me debía enorgullecer de saber que en toda la ciudad sólo una mujer, mi esposa, llevaba este modelo combinado de gorro, chaquetón y falda, al parecer creación exclusiva de tu modisto.

—Oh… Ya sabes lo que son estos modistos. Con tal de vender… Puede que alguna me haya copiado el modelo. Esto sucede a veces. Aunque, si me enterase de que mi modisto ha vendido a otra este modelo… puedo demandarle jurídicamente. ¿Es que has visto a alguna mujer…?

—No…, no.

—Indudablemente debes ir al doctor. Tienes los nervios en tensión, Bill. Has negado con una energía desproporcionada a la importancia de lo que estábamos hablando. Al fin y al cabo, si este

modelo me lo han copiado, con no llevarlo más, ya está. Y demandaré al modisto, si se ha atrevido a vender uno igual después de jurarme que era exclusivo.

William Levelyn trató de terminar con lo que había en su plato. Ni sabía lo que era ni qué sabor tenía. Su boca sólo parecía contener cenizas.

Y de nuevo preguntó:

—¿No fué el mismo día en que estrenaste este modelo, cuándo te hiciste teñir el cabello con este rubio claro?

—Sí. Fué el mismo día. Hará cosa de unas dos semanas. Es agradable para una esposa ver que su marido concede tanta importancia a estas menudencias. Por cierto, que he decidido obscurecerme de nuevo el cabello. El platino lo están llevando ya hasta las cocineras. El matiz castaño obscuro es el mío natural, y es el que creo me sienta mejor. Iré esta tarde a la peluquería. Este peinado tampoco me favorece. Me sienta mejor el cabello más corto. ¿Por qué me miras así, Bill? ¿He dicho algo inconveniente?

William Levelyn se pasó la mano por la frente. Era absurdo que no razonara con sensatez.

Lo sucedido era evidente. Su anónimo comunicante se había equivocado, confundiendo a una desconocida… ahora muerta… con su esposa. No acababa de concentrar su pensamiento.

Forzó una lamentable sonrisa:

—Creo que con un tónico nervioso, desaparecerá mi malestar.

—Cuanto antes vayas al médico, mejor. Yo iré a la peluquería, y por cierto visitaré también al modisto, en averiguación de a quién le vendió este modelo. No me cabe duda que tu pregunta obedece a que has visto en otra…

—Déjalo, déjalo. No vale la pena. ¿Te da igual que vaya directamente a casa del doctor?

—Naturalmente, querido. Debes cuidarte mucho. Volveré un poco tarde, ¿sabes? Después del peluquero, iré a visitar a una amiga que quiere visitar la exposición de cerámicas de Mayfair.

William Levelyn, conduciendo el coche, sólo pensaba en una urgente tarea: quemar los malditos anónimos, la carta que había empezado y que quedó interrumpida al entrar ella… y ver cómo podía hacer desaparecer la delatora «Luger», si las pesquisas por la muerte de aquella pareja que ni siquiera sabía como se llamaban…

Echaría al lago la pistola. Reduciría a cenizas el papel. Sus labios estaban resecos, y un amargo sabor inundaba su boca.

Pero en su enfermiza obsesión de malsano amor, olvidó prontamente las dos víctimas del trágico error.

Ella seguía con vida y era suya.

En el departamento, alzó la tapa de piel de la carpeta. Empezó con ansia febril a rebuscar. Sus movimientos se hacían cada vez más inquietos.

Abrió todos los cajones. No dejó nada sin registrar… antes de caer desplomado en un sillón y cubrirse el rostro con las manos temblorosas.

Habían desaparecido los anónimos, su carta… y la «Luger».

* * *

Fosco Rinaldi comprendió por qué Godfrey Loyal, Buddy Wilson y Enzio Pertile esperaban en la acera frente a la verja de acceso de la casa particular del Michigan Bulevar.

Era, o había sido hasta entonces, lugar vedado para ellos.

Descendió del «Cadillac» transpuesta la verja que abrió uno de los detectives privados, y con un ademán llamó a los tres pistoleros.

Miraba a un punto indefinible, mientras habló:

—Buddy, echa fuera a todos estos que ya no tienen por qué estar en la casa. Págales hasta fin de mes y fuera con ellos, ahora mismo. Que Enzio te ayude, y acabad pronto. Ven conmigo, Godfrey. Vosotros dos, echad enseguida a todos, menos al que estaba esta mañana de turno en vigilancia personal de Coral… A éste me lo traéis, cuando ya se hayan ido los otros.

Se encaminó Rinaldi por la alameda lateral hacia la parte posterior de la hermosa mansión de dos pisos.

—Cierra el coche el garaje, Godfrey. Subirás por esta puerta.

Diez minutos después, llegaban a la sala donde esperaban Rinaldi y Godfrey, Pertile y Wilson, acompañando a un individuo que no parecía muy tranquilizado.

El modo en que le acompañaban no le hacía presagiar nada bueno. Atrás de él, con su predilección por las truculencias, el engominado Pertile avanzaba el labio inferior en mueca placentera, mientras apoyaba el bolsillo derecho de su entallada americana

contra las espaldas del detective privado.

Fosco Rinaldi miró con tanta intensidad al recién llegado, que éste presintió algo definitivo en la «despedida».

—Os pagaba un buen sueldo, para que nadie penetre aquí y mi hija, estuviera segura, Esta mañana, a ti te pertenecía desde las ocho hasta las dos, el cuidar de ella. ¿Dónde está la señorita Coral?

—En… su cuarto de música, señor Rinaldi. La dejé allí, a las once y media y se encerró… ¡Yo no…!

Godfrey Loyal había ya actuado contundentemente. El culatazo partió la nariz y labios del detective, y a sus espaldas, Enzio Pertile remachó con otro culatazo.

Buddy Wilson «participó» de las futuras responsabilidades, si las hubiere, aplicando el mortal y definitivo golpe.

Fosco Rinaldi, antes de abandonar la sala, ordenó:

—Metedle en la carbonera, y a partir de ahora, nadie entra. Cuando vengan los de la Prensa, como perros ansiosos, no les dejéis pasar. Decidles que mañana… estaré en otras condiciones.

La ambulancia que trajo el cuerpo de Coral Rinaldi no hacía funcionar su sirena. Los dos camilleros se apartaron cuando Rinaldi, llevando en sus manos un sutil tejido con plumas y encajes, un salto de cama, regalo suyo, que en vida, poco llevó ella, envolvió el cuerpo en la prenda «escandalosa» según había dicho riendo Coral Rinaldi.

La mantuvo abrazada en forma extraña. Su diestra apretaba la vendada nuca contra su hombro, mientras su brazo izquierdo sostenía contra su torso el cuerpo inerte.

Buddy Wilson y Enzio Pertile alejaron con elocuentes manoteos a los camilleros que desde la abierta verja miraban con pasmo al que se iba caminando lentamente, en crispado abrazo a una muerta.

Se oía aún el motor de la ambulancia alejándose, cuando llegaron los primeros periodistas. Tras la cerrada verja, Buddy Wilson y Enzio Pertile, denegaron con la cabeza.

Fué engrosando la masa de periodistas, argumentando de mil modos distintos, y efectuando toda clase de preguntas.

Acudió Godfrey Loyal para responder con constante sequedad:

—Mañana os recibirá Fosco. Se ha encerrado en la alcoba con Coral. Mañana os recibirá Fosco.

Mucho tiempo después, aun quedaban algunos periodistas. Y

Godfrey Loyal añadió una coletilla:

—Cuando obscurezca, si alguno salta, lo pasará mal. Este muchacho Enzio es nuevo, y se pone nervioso. Podría confundirse.

Ningún periodista se arriesgó. Fosco Rinaldi se había encerrado y no respondió a las tímidas llamadas de Loyal, que desistiendo, se tendió en un diván del corredor, mientras por el jardín paseaban Buddy Wilson y Enzio Pertile.

A las seis de la tarde, llamados por teléfono por Rinaldi, vinieron dos hombres. Vestían riguroso luto profesional. Eran los propietarios de la más lujosa funeraria de Chicago.

Escucharon respetuosamente, al que en la antesala de la alcoba, dijo:

—Aquí están las medidas, y no quiero que ninguno de vosotros toque a mi hija. Yo mismo me encargaré. Mañana, a primera hora, a las ocho, el mejor cortejo en el jardín. El mejor coche, y seis caballos. Cimeras y penachos blancos. Flores blancas. Y enviadme al embalsamador. El mejor que conozcáis. Vete con ellos, Buddy, y regresa con el embalsamador.

* * *

Dave Conway fué escuchando cuanto informaba Dover. Nadie había visto al que disparó, ni coches huyendo, ni siquiera de dónde partieron los disparos.

La plazoleta azotada por el viento, estaba poco transitada.

—Vete a reunirte con Jenkins, y no creo que por esta tarde os necesite. Tengo ya mi idea sobre quién hizo matar a Jerry.

—Si tenemos que comunicarte algo, ¿dónde, Conway?

—A mi dirección. Allí estaré.

Dave Conway compartía un departamento con Peter Wilkes, un abogado sin pleitos, decadente espíritu escéptico, lejano pariente del policía.

Para Conway aquel hombre no era un amigo y no le ocultaba que lo consideraba un papagayo parlanchín, ocioso gracias a una renta vitalicia dejada en herencia y del que soportaba la presencia, porque a veces, daba acertados consejos.

Lo encontró en la biblioteca, donde estaba dedicado a uno de sus pasatiempos favoritos: tendido en una mecedora, dormitando, junto

a la gramola, de cambio automático de diez discos.

La orquesta Jack Hilton vertía su interpretación famosa del rey del *jazz*.

Dave Conway pulsó la palanca de detención. Abrió los ojos Wilkes. Parecía frívolo y hueco, pero no lo era.

Permaneció en silencio. El perfil achatado de su «coinquilino», como llamaba al policía, era expresivamente agresivo.

—Han matado a Jerry.

Peter Wilkes sabía que había frases rituales y de pura fórmula que no podían emplearse con Dave Conway. Replicó:

—Tú le vengarás. ¿Has cogido ya al que lo mató?

—Lo cogeré. Es Don Carfax.

Peter Wilkes se pasó la mano por la barbilla. Era elocuente su silencio, y estalló Conway:

—¡Dilo ya! ¡Di que soy un idiota, que pretendo imposibles… como los pretendía Jerry!

—Lo único que puedo decirte, es que en el podrido mundillo que te rodea, llevas las de perder, Dave. Te será difícil obtener pruebas contra Carfax, y si las obtienes, ya encontrará él quien le saque libre. Un policía como lo era Addams y como lo eres tú… lleva todas las de perder aquí. Es un oprobio dirás, pero en los cuatro puntos cardinales de esta ciudad, sucede lo mismo. Se conchaban en amigable reparto de beneficios, tipos como Carfax con tus jefes.

—Me lo sé, y no me enseñas nada nuevo.

—A un tipo como Carfax, sólo puede ajustarle las cuentas otro semejante. No tú, que estás al servicio de la supuesta ley, y por esto mismo, estás mal visto por los tuyos, y por los otros. Repetidamente, te he dicho que hombres como Addams, hombres como tú, de terca resistencia al soborno, son molestos, porque para sus propios jefes constituyen un secreto remordimiento. Tú solo no puedes luchar contra un estado de cosas arraigado. Hablo por hablar, Dave. Te conozco demasiado y sé que ahora estás ya abocado a un final inexorable. Pero… algún día habrá otros que te seguirán… y ya no será una ciudad podrida esta hermosa ciudad de mis pecados. Hoy… estás solo, más que nunca, solo, muerto, Addams.

—Otros caerán —vaticinó, ceñudamente, Conway.

Tendió Wilkes la mano hacia el teléfono, que repiqueteaba.

Escuchó, y en su rostro hubo una mueca irónica, al tender el aparato a Conway:

—Te llaman urgente a Comisaría. Urgente.

—Diles que voy.

—Va inmediatamente —anunció Wilkes, y ahorquilló el aparato.

Dave Conway, en pie, volvió a colocarse la americana.

—¿Comunicaste a alguien tus sospechas de que era Carfax…?

—Al inspector Callaghan.

—Casi adivino para qué te llaman, Dave.

—Pero no puedes adivinar lo que tengo ya decidido contestar.

—No te conviene… dejarte llevar por tus honrados impulsos, Dave, en este mundillo…

Pero ya Conway estaba lejos del alcance de las escépticas verdades.

Ante el despacho del inspector Callaghan, esperaban Dover y Jenkins, los que evitaron mirar a Dave Conway, que entró sin llamar.

El inspector Callaghan estaba en pie. Ocupaba su asiento el propio comisario en jefe.

—Hola, Conway. Me dice el inspector que le ha encomendado la investigación acerca de las muertes de Addams y la Rinaldi. Parece ser que sin pruebas algunas ha establecido ya usted una acusación. ¿Puedo saber en qué se basan sus acusaciones?

—Sostengo que sólo la banda de Carfax pudo tener interés en asesinar a Jerry Addams.

—Estoy esperando que me especifique las bases de este aserto.

—La carencia absoluta de los acostumbrados móviles. ¿A quién podía beneficiar la muerte de Addams? La elección del lugar, sin testigos, por un certero tirador que no deja huellas, y se parapeta en las frondosidades de la fuente. El ensañamiento especial de los cuatro balazos extraídos en el cadáver de Coral Rinaldi… Un doble y cobarde asesinato que lleva la firma especial de un crápula a sueldo de Carfax, si no es éste mismo, que tomó a su cargo el sucio trabajo.

—Serían deducciones plausibles, de no mediar dos considerandos. El primero, que usted, llevado de su fanatismo, no actúa imparcialmente. Y el segundo, que me consta que Carfax no quiere enemistarse sin remedio con nosotros.

—Don Carfax quería casarse con Coral Rinaldi. Le pareció un medio de formar alianza con Rinaldi. Éste lo echó. Y Carfax no es de los que pasan por alto una negativa. Además, señor, si mi fanatismo es indiscutible, ¿desde cuándo Carfax no quiere ser considerado enemigo nuestro? Así por encima, citaré el asunto de la tintorería de Baumann. Es fanatismo mío, seguramente, y lo fué en Jerry Addams, el prestar crédito a Baumann, que en su último resto de vida, tuvo la energía suficiente para denunciar como autores del ametrallamiento de toda su familia, y los dependientes, a los de Carfax, porque no querían pagar la cuota protectora. Es también fanatismo mío, llamar asquerosos a los abogados que acallaron las investigaciones.

—Está usted removiendo agua pasada, Conway. Ya le digo que hay fanatismos contraproducentes. Acabo de hablar con Carfax, y ha negado rotundamente su participación en la muerte de Addams.

Dave Conway no sabía reír con ironía. Rió con desprecio.

Y el comisario se sintió «secretamente» mordido por restos de su antigua personalidad honorable.

—¿Pretende acusarme de ser amigo de Carfax hasta el punto de encubrirle, si hubiera sido el asesino de un policía a mis órdenes?

—Usted no puede ser tan ingenuo, señor, como para dar por buena la negativa de un cobarde asesino como Don Carfax.

—La di por buena, del mismo modo como rechacé la insinuación de Carfax, que puestos a mirar tiene tanto valor como sus deducciones. No me saque de mis casillas, Conway.

—No es mi intención, señor. ¿Qué insinuación hizo su amigo Carfax?

—Un compañero le vió a usted a punto de pelear con Addams, esta mañana. Pasó por el lado de ustedes dos y ni le vieron. Les oyó… referirse a una chica, a la que usted aludía como posible enviada de la que usted llama «crápula»»… y es proverbial su fanatismo riguroso. Insinuó Carfax que un fanático como usted, era capaz… Repito que yo no he tomado en consideración esta deducción, porque como las suyas, Conway, carece de bases.

Dave Conway desabrochó su americana. Arrancó de su tirante la placa, que arrojó sobre la mesa. Y con los mismos gestos bruscos, fué dejando al lado de la placa, su pistola, dos cargadores y el carnet.

El inspector Callaghan intervino:

—Sea sensato, Conway. El señor comisario se limita a hacerle constar cordialmente que no debe usted dejarse llevar de falsas suposiciones carentes de sólido fundamento.

Dave Conway carecía de diplomacia. Apuntó con el índice hacia el comisario.

—Usted… debió tumbar a puñetazos a ese crápula cuando se atrevió a suponer que uno de sus hombres podía ser tan podrido como para matar por la espalda. Si yo hubiese querido matar a Jerry… le habrían encontrado los plomos delante, no en la nuca y en la espalda. Es triste que tenga que reconocer que los jefes de banda defienden mejor a sus crápulas, que usted a sus subordinados.

—¡Conway! —Y en pie, el comisario dió un puñetazo en la mesa —. ¡Considérese arrestado en su domicilio, y espere allí mi decisión con respecto a su destino! No tengo por qué tolerarle intemperancias.

—Ni yo ofensas.

El inspector Callaghan volvió a intervenir, avanzando hasta colocarse de modo que se interponía entre la mesa y el que avanzaba el busto, con agresiva insubordinación.

—Salga, Conway. Mañana estará más calmado. Con su permiso, señor.

Había súplica en la mirada del poco amable inspector. Dave Conway abandonó el despacho atravesando el pasillo con rápida zancada.

En el exterior se detuvo, aún ardiente la sangre. A su lado, el inspector Callaghan, comentó:

—Le acompañaré hasta su casa, Dave. No se niegue. Olvídese de quién soy… y recuerde quién fui.

Echó a andar Conway contestando al poco, con melancolía:

—Ha dado usted en diana, jefe. Recuerdo cuando ingresé. Era usted un jabato entonces. Jerry y yo casi le queríamos… hasta que surgió aquel asunto del garaje. Usted sabía perfectamente que era el propio Carfax el que ametralló a cuatro desgraciados contrabandistas de poca monta. Y usted nos quitó el expediente, para dárselo a un podrido como Jenkins… que es seguramente el que ahora se ocupará de buscar por todas partes al asesino de Jerry,

menos por los alrededores de Carfax y su crápula.

—Yo tengo esposa y tres hijos, Dave.

—¿Y qué?

—Han de comer.

—¿No basta su sueldo?

—Hay cosas que no puede usted comprender, Dave, porque es joven.

—No llegaré a viejo, pero me daré el gusto donde todos claudican, de permanecer muy en mis cabales, cantándoles las verdades a crápulas y a vendidos.

—Es usted injusto y cruel consigo mismo, Dave. Yo detuve una vez personalmente a Don Carfax. Era sólo agente primera entonces. Me llamó un abogado, entonces alcalde del distrito, y recién elegido. Me mostró el «*habeas corpus*» dando libertad, a Carfax y me dijo que antes de cuatro horas firmaría mi propuesta a ascenso. Recuerdo el día… Era precisamente el cumpleaños de mi esposa… Pude comprarle un abrigo de pieles.

—¿Duerme a gusto, inspector Callaghan?

—No.

Anduvieron en silencio un largo rato. Por fin, dijo Callaghan:

—Si persiste en ser tan terco, Dave…, le expulsarán.

—Ya me he expulsado.

—Le formarán expediente, por injurias a superior.

—Papel mojado. Escuche, Callaghan… Porque hubo un tiempo en que Jerry y yo le apreciamos, quiero decirle una cosa. No se escarbe los sesos si van cayendo crápulas de la banda de Don Carfax. Sin placa y sin carnet, estoy más a gusto. No necesitaré informar a nadie… y si han de recogerme lastrado como Jerry… de algo servirá. Lo dice Wilkes. Algún día barrerán de podredumbre esta ciudad. Váyase de Chicago, Callaghan… porque a partir de ahora, tan crápulas considero a los de placa y pistola como a los de pistola sin placa.

—Entre nosotros queda, Conway. Pero debe usted esperar en su domicilio la notificación del que aun sigue siendo su jefe superior. Me temo que nunca más volveremos a vernos… amistosamente. También entre nosotros quede lo que voy a decirle. El día que compré el abrigo de pieles a mi mujer, fué el mismo en que renuncié a luchar contra la corriente… pero no había muerto mi

único amigo. Adiós, Dave Conway… Y suerte.

Dió brusca media vuelta el inspector Callaghan. Sabía que nunca más volvería a figurar en plantilla el policía Conway, mientras imperara el escandaloso dominio de la organización delincuente.

CAPÍTULO V

A las ocho de la noche, William Levelyn seguía esperando en vano, después de haber llamado a todas las peluquerías donde creyó posible que su esposa hubiera acudido a «cambiar la tonalidad» de su cabello.

Había recorrido también las exposiciones, y llamado a todas las amigas.

En el tumulto desordenado de sus pensamientos, en su febril incoherencia, trataba de ahuyentar una atroz sospecha que consideraba infundada.

Cuando pulsaron el timbre y fué a abrir, no pudo dominar el sobresalto que le produjo el ver a dos hombres.

Dos individuos de aspecto enérgico y decidido. Permaneció un instante como alelado, hasta que comprendió que no eran dos policías, puesto que reconocía a Elmer Danvil, el abogado especialista en divorcios.

—¿Se puede pasar, señor Levelyn? Comprendo que la hora es tardía, pero nos cercioramos de que usted estaba en su domicilio. Le presento a mi socio, Jim Kellog.

William Levelyn caminó con paso sacudido hacia el salón. Perplejo, Kellog cerró la puerta, tras una ojeada de asombro a su socio.

De espaldas, Levelyn trató de readquirir su dominio. Ofreció:

—¿Quieren beber algo, señores?

—A nosotros no nos hace falta. Es, pues, verdad, lo que ha venido a decirnos su esposa.

La copa que estaba llenándose Levelyn se quebró al chocar contra un borde violentamente el gollete del frasco de *whisky*.

Levelyn, convulso, giró sobre sus tacones, mirando con tanta

febrilidad a los dos abogados, que Danvil dijo apresurado:

—No se ponga a malas con nosotros, Levelyn.

—¿Qué… qué les dijo Malvina?

—Apoya su nueva demanda de divorcio en dos aspectos nuevos, pero antes debo resumir el historial. Su esposa acudió hace un año en petición de divorcio, basándose en crueldad mental, pero usted supo enviarnos a un colega que destruyó nuestra posible argumentación.

—Ella pedía entonces una pensión vitalicia moderada, señor Levelyn —arguyó Kellog.

—Que no tenía por qué conceder. Demostró mi abogado que mi esposa no tenía fundamentos para pedir la separación.

—Nada es difícil de discutir entre personas inteligentes, Levelyn. Esta tarde, a las cinco, su esposa ha presentado una nueva demanda, que antes de llevar al tribunal competente, quiero exponérsela, porque ya conoce el proverbio latino: «Donde dos litigan, un tercero se ríe y beneficia». Es decir, el abogado. Voy contra mi interés, pero preferiría que llegásemos a una amigable componenda, puesto que mi colega y yo estimamos exorbitante la petición de nuestra cliente. Tiene usted derecho a concertar una entrevista en presencia de su abogado.

—Me basto yo mismo.

Elmer Danvil extrajo de la cartera que le presentaba Kellog, unas hojas mecanografiadas.

Leyó:

—«Desquiciamiento nervioso progresivo, tortura moral y malos tratos», alega nuestra cliente.

—Es totalmente absurdo.

—El desquiciamiento nervioso no es ningún delito, Levelyn. Nos dió usted una prueba cuando abrió. Parecía mirar fantasmas…

—¿Dónde está Malvina?

—Nos dijo que iba a un hotel, pero no de la ciudad. Que se entrevistaría con usted, si llegábamos nosotros a un arreglo.

—¿No les parece extraña esta actitud?

—De ningún modo. Nuestros clientes, mientras duran los trámites, prefieren mantenerse separados.

—Puedo presentar una demanda legal de abandono de hogar.

—Eso le dijimos a nuestra cliente. Aquí está escrita su respuesta,

que Kellog tomó taquigráficamente: «No haré uso de ocho cartas y determinado objeto, cartas y objeto cuya falta habrá ya notado mi esposo y que pasaron a mi poder este mediodía cuando él, después de un violento ataque de nervios, sufrió un colapso, si estudiada su propia conveniencia, mi esposo accede a nuestra definitiva separación». Le pedimos a su esposa estas ocho cartas que menciona, así como el objeto, pero se negó rotundamente.

«Siete anónimos y la carta que empecé… La pistola…».

William Levelyn sabía que dos pares de escrutadoras pupilas le taladraban. Se giró para coger en la mesita, el frasco de la licorera. Necesitaba beber.

—No es de nuestra incumbencia, bucear intimidades, señor Levelyn. Pero no es argucia de abogados, el decirle que su esposa parecía muy segura de que usted accedería. No obstante, opusimos cierto reparo a la cifra que fijó como pensión. Es exorbitante.

Dejó Levelyn la copa sobre la mesita, y el calor entibió sus ateridas venas, mientras sentándose adoptó una postura cómoda.

—Si no recuerdo mal, en las anteriores peticiones, Malvina solicitaba mil dólares mensuales. Si yo hubiera sido tan cruel como pretendía, hubiera ella preferido divorciarse sin valorar la separación.

—Ella no tiene bienes de fortuna, Levelyn.

—¿Qué exorbitante pensión solicita ahora?

Elmer Danvil sonrió. Fué Kellog el que dijo:

—Las costas a su cargo, señor Levelyn. Y el depósito legal en un Banco europeo por nuestra cliente elegido, de la suma que garantice la pensión. Exactamente un millón.

William Levelyn rió silenciosamente. Resaltaban en su lívido semblante los morados cercos de las ojeras.

Elmer Danvil dijo:

—Puede llegarse a un arreglo, Levelyn. Puede usted ofrecer una cantidad generosa, sin que sea precisamente la solicitada.

—Mi fortuna asciende aproximadamente al millón, una vez vendido este departamento, mi coche y mi casa de Joliet. ¿No creen que puedo con más fundamento invocar desquiciamiento mental de mi esposa?

Se puso en pie Danvil, mientras recogía Kellog los papeles esparcidos sobre la mesita.

—Hasta mañana a las once esperaremos su llamada, señor Levelyn. Consideraremos como rotunda negativa a amigable componenda, el que usted no nos llame, en cuyo caso tendremos que comunicárselo a nuestra cliente.

—¿Dónde?

—Ella quedó en llamarnos a las once en punto a nuestro despacho.

—Bien. Mañana será otro día. La noche es buena consejera.

Ya en el umbral, habiendo salido Kellog, advirtió Danvil:

—Usted sabrá lo que más le conviene, señor Levelyn. Pero repito que nuestra cliente parecía muy segura de su petición. Buenas noches.

William Levelyn tardó en cerrar la puerta.

Iba confirmándose en él una monstruosa sospecha, pero incomprensible al no poder adivinar los medios de que se valió ella para conducirle a aquella horrible situación.

Sus nervios le hicieron respingar al oír un susurro, algo que se deslizaba. Corrió hacia la puerta, abriéndola con salvaje violencia.

Un muchacho uniformado de gris, «Messenger Rapid», que se dirigía hacia el ascensor, se volvió… Pensó en una propina.

Vino corriendo a exponer:

—Buenas noches, señor. Depositaron este sobre en el buzón, y como habían escrito en la esquina, lo que usted, leerá, no llamé.

Cerró Levelyn la puerta y el chasqueado botones se encogió de hombros. Una nueva lección. Los más ricos eran los más ratas.

Levelyn se inclinó para recoger el sobre plano, lacrado. Estaba su dirección escrita con la misma letra que en la esquina decía:

«Sin respuesta. Entregar urgente».

Rompió los lacres creyendo encontrar una carta de Malvina Levelyn. Pero en el interior sólo había un recorte de periódico. Olía aún a tinta recién impresa.

Los titulares informaron a William Levelyn de la identidad de las dos víctimas de sus seis disparos.

* * *

Los periodistas reunidos ante la casa del Michigan Bulevar, corrieron a distintas cabinas telefónicas, para transmitir la extraña noticia.

El fúnebre coche tirado por seis caballos enjaezados de blancos arreos y llevando el lujoso ataúd casi invisible bajo la profusión de blancas flores, no llevaba por cortejo más que el profesional y ajeno por completo a la que era trasladada a su último lecho terrestre.

La verja había vuelto a cerrarse, montando tras ella una impenetrable guardia los «bodyguards» de confianza de Fosco Rinaldi.

A las ocho y media, en avalancha impaciente, los representantes de la Prensa invadieron la casa, en cuyo vasto vestíbulo, Fosco Rinaldi, vestido de impecable traje cruzado, gris, permaneció en pie, cercado apretadamente por todos los que al entrar habían tenido que exhibir sus credenciales de reportero.

Fué el decano de ellos el que tomó la palabra:

—No queremos ser muy molestos, Rinaldi. Pero desde ayer tarde, esperamos sus declaraciones. Los hombres populares tienen obligaciones con el público. Percibimos en su rostro las huellas de un sincero dolor, que comprendemos. ¿No cree que producirá extrañeza que usted no acompañe…?

Fosco Rinaldi levantó la mano derecha. La mano que años antes le había valido el apodo de «Dedos Veloces».

—No llevo luto exterior, porque ella, como la que fué mi esposa, vivirán siempre en mí. Me despedí de Coral formulariamente, hace media hora. Les he recibido, para rogarles que no mezclen más mi vida privada con mi vida pública. Coral está ya muerta para el mundo, y la ley castigará al culpable o a los culpables de un crimen sin perdón. Y ahora, señores, no creo que quede nada más por decirles.

—Una pregunta, Rinaldi, sólo una.

—Hágala.

—¿Tiene alguna sospecha?

—Me es imposible creer que pueda existir una mente tan inhumana que haya planeado la muerte de un ser inocente, que a nadie hizo daño.

En el apretado círculo, un joven periodista tosió significativamente. Y Fosco Rinaldi añadió:

—Se me atribuyen muchos delitos, y supongo que habrá entre ustedes alguien que escribirá que también murieron seres inocentes en tiroteos o acciones que el rumor popular me achaca. A todos, culpables e inocentes, nos juzgarán en el mismo tribunal que no yerra. No me importan los comentarios. Y ahora, váyanse.

—Ha causado muchos comentarios, el hecho de que fuera precisamente un policía, un personal enemigo suyo, el que…

—Ignoraba que Coral, burlando la vigilancia de los detectives puestos a su servicio y custodia, se entrevistase con Jerry Addams. Y ahora, váyanse. Usted, Walter, es el decano y me conoce. Haga salir a toda esta gente. No pido respeto para mí, pero lo exijo para la que vivió en esta casa, y que no tuvo la menor culpa de ser yo quien soy.

El decano que después escribiría que había una extraña grandeza en la cortesía del famoso «gángster» asintió:

—Gracias, Rinaldi. Lo siento por ella. Vámonos, muchachos. Ya no dirá nada más, Vámonos…

El vestíbulo fué vaciándose con prontitud. Sólo un hombre quedó.

Fosco Rinaldi invitó, secamente:

—Venga conmigo, Conway.

Se dirigieron ambos hacia el lado izquierdo, donde Rinaldi abrió una puerta. Era un salón amueblado con toques que delataban una mano femenina en la elección.

—Ayer sugerí cierto pacto, Conway.

—A esto he venido. Dejé placa, carnet y pistola sobre el despacho del comisario, y tenía que estar esperando en mi domicilio la notificación de expediente. Carfax habló con el comisario, quien le dijo que yo sospechaba de él. Carfax dijo que yo era un fanático, y que pude muy bien ser el autor… ya que apenas una hora antes discutí con Addams, y precisamente a propósito de sus entrevistas secretas con Coral.

Fosco Rinaldi tuvo un encogimiento de hombros impaciente.

—Es absurdo. Usted tal vez en una pelea, podría matar a su mejor amigo. Pero usted no mata… con balas innecesarias… y por la espalda, a una niña.

—Queda aclarado. Ahora sólo tengo un fanatismo. «Cargarme» a Don Carfax.

—Voy a serle plenamente sincero, Conway. Hemos establecido un pacto meramente provisional. Lo que sucederá no lo sé, pero terminado el tiempo mayor o menor de nuestra provisional alianza, usted seguirá siendo un enemigo para mí y para estos hombres.

En el salón habían ido entrando Enzio Pertile, Godfrey Loyal y Buddy Wilson.

Pertile se colocó junto a la ventana, desde la que podía divisar el jardín y la verja cerrada.

—Le contestaré a su modo, Fosco. Yo sé lo que usted quiere indicarme. Supongamos que yo consiga, con ustedes, liquidar a Carfax y su crápula. No me importa lo que luego haya de pasar. Sé que a usted no le interesaría un testigo que pudiera contar cómo murieron los crápulas de Carfax. Corro el riesgo, apenas caiga el último de los crápulas de Carfax, de caer yo también… si alguno de éstos o usted mismo consigue cogerme desprevenido.

—Bien. No es preciso añadir más. Ahora, vosotros oíd con atención. Este policía dice que riñó con su gente. Puede ser verdad y me inclino a creerlo. Él sólo lleva algo entre ceja y ceja. «Cargarse» a Don Carfax. Yo acaricio el mismo propósito hace años, pero no es tan fácil. A partir de ayer, mientras comíamos, y vino este policía a ser ave de mal agüero, he decidido que Carfax y los suyos han de caer. Resulta, pues, que por cierto tiempo este hombre está conmigo. Pero como siempre te he dado voz y voto, puedes hablar, Godfrey.

El aludido, sentado de lado sobre el brazo de un sillón, estaba mirando a Dave Conway.

—Tú eres más inteligente que todos nosotros, jefe. Pero este fulano nació para policía. No me gusta este fulano.

Dave Conway asintió, al tiempo de replicar:

—No estoy aquí para mendigar simpatías, Godfrey Loyal. Ya oíste en lo que quedamos con Fosco. Tan pronto Carfax coma malvas por las raíces, y si estoy con vida, no soy tan iluso como para no saber que intentaréis quitarme de en medio. Es, pues, una alianza muy provisional.

—¿Qué necesidad tenemos de este fulano?

—Tiene sus méritos. Los mismos méritos que le hacen ser odioso para fulanos como nosotros —dijo Rinaldi, con amargo sarcasmo—. Basta que te cite uno. El fué quien con Jerry Addams se metió en la

casa de campo de Laird el escocés. Había allí cinco fulanos que no dormían. Estaban bien despiertos, y dispararon. Tres dejaron de apretar el gatillo, y a Laird y los otros dos, éste y Addams los llevaron a las rejas. Demostró pues, que sabiendo dónde debe entrar, sabe entrar.

—Yo no discuto que este fulano tenga o no tenga agallas. Digo que nació para policía, y de policía morirá.

—De acuerdo, Loyal —admitió Conway—. Pero ya has oído a tu jefe. Tal vez entre yo donde tú, entrando, podrías quedar tieso. ¿No sería mucho más agradable que fuera yo el que quedase tieso, después de «secar» a unos cuantos?

—Puesto así, me suena mejor —dijo, ceñudamente, Loyal—. Por mí, jefe, tú mandas.

—Siéntate, Conway. Hemos de acordar lo más apropiado. Tú sabes cuántos componen la plana fija y de confianza de Carfax. La gente que como estos tres hace trabajar a pececillos, pero que en los asuntos de envergadura, trabaja directamente. Es, pues, entre ellos donde has de buscar al que mató a tu amigo.

—Hasta hace unos diez días, la plana fija de Carfax, era constituida por los siguientes crápulas: Jack Preston, su mano derecha, Bruno Butler, su mano izquierda.

—Equivalen a Godfrey y Buddy.

—Anselmo Scanscio era el «correíllo».

—Equivale a Enzio. Saben reclutar. ¿Alguien más?

—Estaba Quincey, pero murió a principios de mes, ahogado en el lago.

—Vas bien informado. ¿Qué domicilios le conoces a Carfax?

—Su despacho de bolsista y su casa de Wrigley. Nada más. Sé que tiene en propiedad el «Meteor».

—Un *cabaret* muy productivo. Supongo que sabrás cuál es la especialidad de Carfax.

—Más o menos la tuya, Fosco.

—¡Este fulano es un puerco provocador, jefe!

—Te callas, Godfrey. Ya terminó tu opción a voz y voto. En efecto, Carfax surte de bebida y protege un perímetro casi de la misma extensión que el mío. ¿A qué crees que obedecía mi pregunta, Conway?

—Estamos buscando el medio de atraparlos, o al menos a uno de

ellos, y ver si canta. Forman, como vosotros cuatro, un equipo inseparable. Pero para algo me ha de servir el haber nacido policía. Supongamos que Enzio le sopla como por descuido a algún pececillo que haya trabajado para Carfax, que tiene en perspectiva un negocio grande, para el que necesita unos cuantos crápulas. Si el pececillo pica y Enzio le sopla algún detalle, los de Carfax podrían ir a la «rebatiña». Entre vosotros, cuando podéis quitaros algún negocio «extra»…

—¿Ves como tiene su utilidad este fulano, Godfrey? Lo que acaba de sugerir es hábil. No está mal. Enzio finge beber un poco más de la cuenta, y como es nuevo, o casi… pueden creerle indiscreto. Apañamos un asunto que parezca sólido. ¿Se te ocurre algo, Buddy?

—Está Sam, el de los planos caros.

—No está mal. Sam es un talento. Se ingenia para conseguir planos rigurosamente exactos de los lugares donde un golpe con decisión, puede producir grandes ingresos. Vino una vez a proponerme el atraco de los «Marshall», a la hora de cierre. El sábado, las cajas de los «Almacenes Marshall» reúnen cientos de miles porque la venta es grande, y vienen los de la provincia. Sabía hasta dónde estaban los timbres de incendio. No acepté, y fué a ver a Carfax, que tampoco aceptó, porque se necesitaban quince hombres por lo menos. Demasiadas lenguas. ¿Qué pasa, Enzio?

El joven «gángster», deseoso de hacer méritos, dijo:

—Yo no he acabado de entender por qué este fulano convive ahora contigo, jefe, pero será porque ha de valer. Si no he entendido mal, se trata de que él pueda llegarle lo bastante cerca a Don Carfax, sin que le paren a plomo limpio, o de que nosotros, podamos esperar en algún sitio tranquilo a los de Carfax, sin que luego vengan a pedirnos cuentas.

—Así es, Enzio. ¿Y qué?

—Yo sé un medio que ni pintado para este que es de la policía.

—Oigámoslo.

—Anselmo tiene una hermana. Se llama Alida y la chica está emperrada en que Anselmo terminará mal.

—Está en lo cierto la chica. ¿Y qué?

—Ella busca por todos los medios apartar a Anselmo de la banda, pero él no hace caso. No hace mucho que en el «Meteor» la

hinchó de bofetadas. Pero ella, duro que duro.

—No está mal lo que se le ha ocurrido a Enzio. ¿Qué opinas, Conway?

—Puedo probar. Si le digo a Alida que soy policía y que quiero advertirla que su hermano las va a pasar muy mal, tal vez ella me lleve a donde yo pueda charlar a solas con Anselmo Scanscio, y ya sería un paso. Puedo probar. Pero no estaría de más que, dierais con Sam, y algún plano, que pudiera llegar a manos de Carfax, como bueno.

—Dale las señas de Alida a ése, Enzio. Y tú, Buddy, dale una herramienta. Abre el cofre del coche.

Dave Conway salió con Enzio Pertile y Buddy Wilson. Tras unos momentos dijo Rinaldi:

—No lo comprendiste, Godfrey. Este hombre, si logra ponerse a tiro terminará con Carfax y alguno de los suyos. Es un fanático, y le tenía afecto a Jerry Addams. A nadie más le tiene afecto… ni a él mismo. Y desde ayer tarde… Don Carfax se guardará muy bien de que él y yo coincidamos en algún sitio. ¿No has comprendido que Dave Conway, a su modo, va a suicidarse? Y donde ni yo mismo puedo llegar, tal vez él llegue.

—Yo creo que si tú por teléfono le dices a Carfax que es una patraña que él haya enviado a nadie al Garfield… y que quieres hacer las paces con él, vendrá donde le digas.

—Don Carfax sabe ya que en este distrito, de los dos sobra uno. El que primero pegue, pegará mejor. Y Dave Conway es el instrumento más apropiado.

En el garaje, del coche blindado, en una caja metálica bajo el asiento posterior, levantó Buddy Wilson la tapa.

Había tres fusiles ametralladores, cuatro pistolas y cargadores de tres dimensiones.

Dave Conway eligió una «Webley» de corto cañón, y dos cargadores de doce. Buddy Wilson, a regañadientes, comentó:

—Tienes buen ojo. Es la ideal para pasear.

Cerró la caja, colocó el asiento en su posición normal, y manipuló en los resortes de combinación que ajustaban la puerta del coche.

Regresó hacia la casa, y Enzio Pertile en el garaje, pasó un índice por su lengua, para ayudarse a hojear las pequeñas páginas

de una agenda.

—Está en la «S», por el apellido. De costumbre, a las chicas guapas, las inscribo por el nombre, pero la página de la «A» está completa. Este librito es muy útil Toma nota… Alida Scanscio, puerta 12, cuarto piso, izquierda, número 80 de la Sexta Transversal del Loop. La chica se me ha llevado casi media página, con su dirección, pero lo vale. No tiene teléfono. Es un sitio de mala muerte. Les pasa el «Loop» a ras de ventanas, y si quieres tomar una copa, tienes que agarrarte de las solapas cuando pasa el cochino aéreo, porque trepidan hasta los cimientos.

—¿Te dió ella su dirección?

—No es de las que dan su dirección ni siquiera a un nene como yo. Pero trabaja en el «Fields» y allí me enteré.

En la puerta del garaje estaba Fosco Rinaldi. Hizo una seña, y Enzio Pertile salió a toda prisa.

—¿Qué método piensas emplear, Conway?

—El que sea, lo iré pensando, con tal de poder verme a solas con Scanscio.

—A él no le hubiera encomendado Carfax la faena. Yo tampoco le encomendaría a Enzio la faena de liquidar a un policía.

—¿Estás ya plenamente seguro de que fué Carfax?

—Tuve mis dudas, pero hay una firma. Son los cuatro balazos. Casi juraría que fué el propio Carfax. ¡Ah, es un hombre de gusto! La quería para él a mi Coral… pero ya nadie podrá quitármela. Está en su salita, arriba. Vestida exactamente igual como la encontraron. Sentada en su tocador, como me la encontraba yo muchas veces, cuando le pedía permiso, para entrar y besarla, antes de irme a mi despacho. Ha sido un magnífico trabajo el del embalsamador.

Fosco Rinaldi apretó un instante las yemas de sus dedos contra los párpados. Dave Conway esperó.

—No deberíamos coger afecto a nadie, los que andamos metidos en malos pasos —murmuró Fosco.

—Eso vino a confesarme el inspector Callaghan Tiene esposa y críos. Por esto tú y Carfax pudisteis sobornarle.

—Si es cierto que te han expulsado, lo sabrá Carfax. Ya no estás muy seguro andando por la calle. ¿Dónde piensas alojarte?

—En este mismo garaje, puedo tender litera.

—Eso es. Mejor. Eso es. Pero si has de traer a Scanscio aquí…

que sea de noche. De todos modos, enviaré a Enzio a buscar a Sam. Mi cocinero sabe que no tiene que echar veneno a tu comida. Hasta cuando sea, Conway.

Dave Conway abandonó el garaje, y poco después subía al autobús que terminaba en el «slum», el barrio mísero, donde muchas de sus casas trepidaban ruidosamente, a regulares intervalos, que marcaban el paso del «Loop».

CAPÍTULO VI

Tras una larguísima noche desvelada, con intervalos de sopor producido por agotamiento, William Levelyn a las nueve y media penetraba en el consultorio de un neurólogo, conocido suyo.

—Sin preámbulos, doctor. Necesito que usted me diga si puede sustentarse una demanda de divorcio de mi esposa, basada en desquiciamiento nervioso. Los abogados demandantes exigirán, sin duda, una revisión médica.

El especialista verificó pruebas que podían parecer pueriles a un profano. Pero a William Levelyn nada le parecía pueril.

Al término de su comprobación, dijo el neurólogo:

—Usted no ejerce profesión alguna que justifique su postración nerviosa, Levelyn. En lenguaje vulgar, está usted deshecho y con los nervios de punta, pero tiene fácil remedio. Ahuyente las preocupaciones de toda índole, y suministre a su organismo el fósforo y calcio necesario para reparar los normales desgastes. Y como consejero particular, acceda a la petición de Malvina.

—Pide una renta exorbitante.

—El vicio no está en pedir, sino en dar. De todos modos, actualmente está usted en baja forma, y los especialistas que pudiera convocar el abogado demandante, favorecerían la tesis. A cuantas preguntas le he hecho, usted reacciona anormalmente. Como si tuviera terror de sincerarse, o dejar escapar algún secreto íntimo.

—¿Qué le debo, doctor?

—Se lo dirá mi secretaria. Adiós, Levelyn, y si algún día desea desahogarse, recuerde que además de un amigo encontrará en mí un médico que respeta su juramento profesional, de no revelar confidencias. Si es usted católico, acuda al confesor.

En el coche, Levelyn argumentó consigo mismo:

«Nadie más que ella y tú lo sabéis. Lo que acaba de decir este pedante es palabrería común».

A las diez y cuarto entraba en el despacho de su abogado.

—Malvina quiere divorciarse y pide un depósito de un millón en un Banco europeo, para responder de la pensión que exige por intermedio de la firma Danvil y Kellog.

—Malvina no está en sus cabales. Ya me las entenderé con Danvil. Pero sería preferible que tú mismo convencieras a Malvina de que hay peticiones que no pueden prosperar. Ningún tribunal le daría la razón puesto que moralmente los dos sois irreprochables, he reiterado mi personal opinión, William. Querer retener contra su voluntad a una mujer que deja de amarnos, es inútil. Ya sé que para ti ella lo es todo. Vamos a hacer una cosa. Convocaremos en sitio neutro a Malvina y sus abogados. ¿Te parece bien?

—Inténtalo. Ella no quiere volver a verme. Desde ayer que la dejé a las dos y media aproximadamente en el «Cosy», no ha regresado.

—¡Magnífico! Abandono de hogar, sin causa justificada.

—Alega que estoy… desquiciado.

—Otro absurdo. ¿Qué pruebas aporta?

El abogado hacía girar ya la manivela de su teléfono, consultando, a la vez, su fichero de números. Dio el correspondiente a la firma «Danvil y Kellog».

—Hola, Danvil y compañía. Habla Pitman. Tomen nota. En representación de William Levelyn, convoco a reunión amigable… pongamos a las doce, donde elijáis.

Aguardó unos momentos, y fue asintiendo.

—De acuerdo. Esperaré.

Colgó el auricular, comentando:

—Tienen que consultar con ella, a las once. Me responderán inmediatamente que obtengan el consentimiento de ella. Si no tienes otra cosa que hacer, espera aquí mismo, en la sala.

—Esperaré.

* * *

A las diez menos cuarto, Dave Conway penetraba en el sucio

callejón en cuya esquina, una placa ahumada ostentaba la pomposa denominación de Sexta Transversal.

Conocía bien aquellas mansardas, aquel abigarrado conjunto de humanas colmenas, donde se escondían fracasos y de donde también se iban los que lograban triunfar.

Eran muchos los que ocupaban elevadas posiciones y que allí habían nacido. Emigrantes de todas razas, pero predominando la italiana.

Mujeres interpelándose, chiquillos correteando, y los mercadillos de carretones en hileras contra las aceras.

A intervalos regulares, el ferrocarril aéreo pasaba en tromba, sin que nadie le prestase atención.

En el cuarto piso, el número 80, la puerta doce a la izquierda, era igual a muchas otras puertas que había abierto o cerrado Dave Conway, empezando por la de su propio hogar.

Estaba entornada, y una fresca voz juvenil entonaba un refrán napolitano.

Dave Conway entró, y la muchacha que estaba lavándose en la palangana, jabonosos los brazos, miró por el espejo.

—Oiga usted. Hay quien llama antes de entrar. ¿O qué se ha creído usted, cara de bruto?

—No la miro. Usted trabaja en el «Fields», que abre de once a una y de cuatro a ocho. Sabía que la encontraría, Alida.

—Un momento.

Se ablucionó ella con el jarro de agua, y se echó la toalla sobre los desnudos hombros, surcados por las dos tirillas de la combinación.

Era joven. A lo más unos veinte años, calculó Conway. No disgustaba mirarla. Morena, de finas facciones, negrísima cabello que para su aseo había remontado en tosco moño, y gráciles curvas.

La habitación de entrada y otra más pequeña que servía de comedor y cocina. La de entrada era recibidor, alcoba y tocador. Generalmente, el orden de las dos habitaciones era a la inversa, en el ala derecha que pagaba un alquiler más elevado.

—Vuélvase de espaldas, mientras acabo de arreglarme. ¿Quién es usted? Si le envía Anselmo, le digo lo mismo que le dije al otro. No quiero trabajar para holgazanes granujas, y no crea que usted con su cara de bruto me va a asustar. Me conocen aquí, y saben que

yo quiero ganarme la vida honradamente.

—Me llamo Dave Conway, y soy de la Criminal.

Ella, que bajo la bata de percal intentaba acabar de vestirse, se olvidó de protegerse pudorosamente. Casi imploró:

—*¡Madonna mía!* ¿Qué ha hecho ese sinvergüenza? ¿Qué ha hecho mi pobre rebelde? Yo lo sabía, yo lo sabía…

—Si se calla usted, yo podré hablar.

—Se lo dije: «Mira, Anselmo, que terminarás mal». Y él venga decirme que en Chicago los billetes se manejaban con una pala, si al extremo de la pala había alguien listo.

—Ayer tarde mataron a un amigo mío, también policía. ¡Cállese! Yo no acuso a su hermano, pero él forma parte de la crápula de Carfax. Para el que mató es la silla, y para los demás la perpetua. Puede evitárselo a su hermano.

Ella volvió a ser la imagen del abatimiento.

—No me hace caso. He ido varias veces a «Meteor» y la última me echó de mala manera. ¿Sabe por qué? Porque Don Carfax me quería contratar de «tabaquera». Vender tabaco y bombones, pero con una falda que ni para pañuelo sirve. Me negué…

—Mal hecho. ¡Cállese! Era el mejor modo de evitarle un mal paso a su hermano. Escuche, Alida. Yo he conocido a muchos como Scanscio. Están alucinados por los éxitos de un Al Capone, de un Diammond, de un Rinaldi… Y terminan en la silla, o acribillados. A mí, el fin que pueda tener su hermano me tiene totalmente sin cuidado. Pero podría salvarse de un modo muy sencillo.

—Mi hermano… me mataría si yo le pidiera que delatase.

—No hace falta. ¿Usted quiere evitarle un mal fin a Anselmo? Pues, atienda. Llámelo desde el «Fields» esta tarde, hacia las siete. Estará en el «Meteor» o allí darán razón de él. Dígale que lo ha pensado mejor y que se decide a ser «tabaquera». Si él la invita a ir al *cabaret*, niéguese. Dígale que quiere hablar con él primero, para imponer sus condiciones. Y de este modo yo podré hablar con él sin que estén en torno los demás pistoleros de Carfax.

—Y me mata… Me mata, después. ¿Usted, qué se propone?

—Demostrarle que sé que es Carfax quien ordenó matar a Jerry Addams y a la hija de Rinaldi. Que tarde o temprano toda la banda caerá. Que él quedará a salvo con sólo confesarme quién apretó el gatillo y alojó seis balazos en los cuerpos de Addams y Coral. Haga

lo que le parezca, Alida. Yo, a las siete, visitaré el «Fields».

—Su cara es de bruto leal. No sé si me arrepentiré, pero voy a hacerle caso. Le esperaré esta tarde, si quiere que sea esta tarde, pero si tiene prisa…

—La tengo.

—Tiene novia en el «Meteor». Una cantante muy birria, flaca y orgullosa. Yo puedo telefonear al «Meteoro», porque ella duerme allí. Ella sabe dónde encontrar a Anselmo siempre que quiere.

—A ello.

Bajando las escaleras, ella notificó:

—Le advierto que si hay una trampa sucia para Anselmo, yo… por más policía que usted sea, le…

—Hemos quedado de acuerdo en que soy un bruto leal, ¿no?

—Mi padre decía que son tan poco de fiar los policías como los «gangsters». Que todos van a lo suyo, como todos los hombres.

—Hay excepciones. Y yo soy una.

En la calle, ella señaló una droguería.

—Desde allí me dejan telefonear gratis. Pero todo el mundo se entera.

—Vamos a una cabina. La hay en el cruce de la quinta con el gancho.

—Usted conoce bien este barrio.

—Robé fruta por aquí, antes de fumarme el primer pitillo.

—Ya decía yo que usted era de los nuestros. Bueno, ya me entiende. Lo que quiero es que Anselmo siente la cabeza. Y si usted ha vivido por aquí, sabe que son pocos los que se conforman a quedarse aquí.

—Usted se conforma.

—Yo soy mujer. Es otra cosa.

—No lo es. Hay gente honrada y crápula.

—Mi hermano no es un crápula, ¿se entera usted cara de…? Bueno, como quiera. ¿Qué digo por teléfono?

—Que quiere hablar cuanto antes con Anselmo, porque a él le interesa.

En la cabina ella aguardó, tapada la boquilla con la diestra.

—La han ido a despertar. Dirá palabrotas. Se las da de distinguida y ha engañado a Anselmo, ¡pero a mí, de qué! Dice que nació en casa de nobles, y aun huele a pescado. Los hombres son

bastante…

Alzó la mano, y dijo en otro tono:

—¡Hola, Giana! Tengo que hablar con Anselmo.

Tapó bruscamente la boquilla y susurró:

—¡Es él! Ha venido él mismo. Estaría allí. ¿Qué digo ahora?

Cogió Conway el auricular, y apartó a la hermana de Scanscio.

—Hola, Scanscio. Usted no me conoce. Soy el novio de Alida y hemos decidido aceptar la oferta de trabajo para ella en el «Meteor». Puede que también haya trabajo para mí.

Una voz ronca, soñolienta, replicó:

—Si eres su novio, ella es idiota. ¿A quién, se le ocurre despertar a la gente a estas horas? Venid para acá, y hablaremos.

Colgaron el aparato, y también lo hizo Conway.

—Dice que vayamos allá.

—*¡Madonna mía!* —Y se dió ella palmaditas en las mejillas, prosiguiendo con volubilidad, al ritmo de sus palmadas—: Yo no digo que usted huele a policía, porque tiene cara de «gángster», pero si Anselmo se lo huele, estamos perdidos.

—Usted no tiene por qué ir. Me bastará hablarle. Y a esta hora, no rondarán por el *cabaret* Carfax y los demás. Se ve que su hermano está en muy buenas relaciones con Giana. Y es una ocasión magnífica. Vaya usted a su trabajo.

—¡Narices! Quiero ver cómo se maneja usted. Estoy de acuerdo en que le meta miedo a Anselmo, porque puede ser saludable, pero si me ha empleado usted con trampa, los dos nos arrepentiremos.

Dave Conway llamó a un taxi, y ella se acomodó, acariciando el tapizado, mientras daba él la dirección del *cabaret*, propiedad de Carfax.

—Estoy ahorrando para comprarme la mitad en participación de una freiduría que tiene una conocida mía. ¿A que no se lo cree, si le digo que es la primera vez que subo en un taxi? Y no se crea que me han faltado ocasiones, y en coche de los particulares. Pero yo dije: «Narices, que a mi menda la llevará en coche aquel que primero pase delante del cura». Oiga, y estoy en coche con usted, al que no conocía hace poco. Ya sé por qué. Usted no me mira con mala intención. Y eso que tiene usted cara de…

—Ya lo sé. Escuche, Alida, usted es una cotorra, pero es una buena chica.

—¿Por qué lo cree así?

—Es bonita, y vive en una pocilga. Vamos a lo que iba. Puede ser que no me conozca Anselmo, porque es nuevo en la banda. Pero si me reconoce, o alguno de los camareros que estarán limpiando… estaría usted mejor lejos.

—Yo lo que quiero es que Anselmo se lleve un susto. Pero oiga, como le toque usted, yo le salto encima por la espalda, y no sería la primera vez que arañando y dando coces…

—Yo tendré la cara de bruto, pero lo que es usted, es primitiva y cerril. Después que haya yo hablado con Anselmo, es muy posible que no nos volvamos a ver, Alida. Hágame caso. A los hombres de verdad no les gusta que las chicas hablen como hablamos nosotros.

—Ya sé que prefieren los remilgos, por ejemplo los que hace esa orgullosa de Giana, que para pedir una cerilla dice: «Comuníqueme su ardor inofensivo, caballero». Yo soy como soy, y al que no le guste, escampando. Además, ¿qué he dicho yo de malo?

—Nada. En el fondo, siga así, Alida. Y encontrará a un buen hombre.

—Lo malo es que los hombres buenos por esta ciudad, o se esconden avergonzados o están ya casados. Yo sólo me topo con sinvergüenzas… o con un policía como usted.

—¿Tiene algo de malo ser policía?

—Hay tres clases de hombres que no puedo escuchar. Los aviadores, los «gangsters» y los policías. Porque supóngase que me voy yo enamorando, porque el querer viene así, ¿sabe? Una se deja decir cosas, bonitas, y ¿qué? Se casa una, y a lo mejor de la función, viuda.

Dave Conway abultó los labios. Era su modo de sonreír. Ella prosiguió:

—Ríase, ríase, pero es la verdad. Bueno, esto de que se ríe usted lo he adivinado. Es una lástima que sea usted policía. Se va a poner furioso Anselmo cuando se entere, y la primera torta me la llevo yo, si me descuido. ¡Ah, pero esta vez no me coge descuidada, no! El chico no es malo y tiene arreglo, si usted consigue apartarlo de Giana y de Carfax.

—Dependerá de cómo reaccione. No es preciso que le diga que soy policía, si no se da cuenta. Usted escuche, y haga el milagro de callarse. A lo mejor consigo que me lleve donde está Carfax, y

bastará. Le prometo que por poco que pueda, dejaré aparte de todo lío a su hermano. Y después él sabrá agradecérselo, porque Carfax y los suyos están ya sentenciados… y morirán.

—*¡Madonna mia!* —Y juntas las manos, cerrados los ojos, ella bisbiseó en italiano cosas incomprensibles.

El taxi se detuvo y bajó Conway. Pagaba, cuando en su brazo izquierdo se apoyó ella.

Se marchó el taxi. Ella susurró:

—Los novios se cogen del brazo. Y recuerde… Nada de tocar a Anselmo, o nos vamos a arrepentir. Casi lo estoy ya…

Dave Conway no subió por las escaleras centrales, sino que llamó en la puertecita a cinco pasos de la principal. Se descorrió una mirilla, y fué Alida la que colocó su rostro casi pegado al estrecho espacio abierto.

—Soy Alida Scanscio, y mi hermano espera.

La puerta se abrió y ella, entrando, anunció:

—Mi novio Dave. También Anselmo le espera.

El camarero de limpieza, provisional portero, se limitó a orientar:

—Echen recto hasta el fondo, y suban la escalera a la izquierda. En el primer piso habrá alguna mujer limpiando. Ella les dirá dónde está Scanscio.

Al principio de la escalera, ella susurró nerviosa:

—Todo va como una seda, Dave. Ahora, si Anselmo le reconoce a usted, eche saliva al asunto, antes que empiece a repartir y la tome conmigo. Yo no sé que usted es… lo que es.

En el rellano alfombrado, una mujer con un pañuelo en la cabeza pasaba el aspirador eléctrico.

—Mi hermano nos espera. Anselmo Scanscio.

—Tercera puerta. Aquélla.

Ante la puerta indicada, ella llamó con mano poco firme. La puerta cedió, porque estaba abierta.

Una cortina dividía en dos la habitación. En su primera mitad, había una mesa con restos de comida, dos sillas y un sofá. Una baraja estaba repartida entre la alfombra y la mesa.

Cerró Conway, a sus espaldas, la puerta.

—Soy yo, *bambino* —casi gritó Alida sentándose en el sofá, porque le urgía sentir algo sólido bajo las corvas.

La cortina se removió, mostrando un lecho al fondo, y apareció el *bambino*.

Cetrino, de grueso cuello, azulado el rostro donde la barba le crecía pidiendo dos afeitados diarios, Anselmo Scanscio, desnudos los pies, en camiseta, y terminando de ceñirse el pantalón, miró con siniestra expresión natural al hombre que con el sombrero puesto y las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta, le detallaba.

—Es Dave… Tienes mala cara, Anselmo.

—Tú a callar, hasta nuevo aviso. ¿Qué clase de tipo es éste? Parece como si me estuviera tomando la ficha. A ti te tengo yo visto, y no sé de dónde. ¿Cómo dices que te llamas?

—¿Es que lo he dicho?

Anselmo Scanscio hizo jugar los poderosos bíceps al coger de encima de la mesa el cubo donde en la madrugada había bañado una botella de espumoso. Bebió ansiosamente, y dejó caer el cubo al suelo, limpiándose la boca con el dorso de la mano. —Conque además de despertar a la gente en plena madrugada, vienes pidiendo guerra, ¿eh? Quítate el sombrero para empezar, porque estás en la alcoba de una señora.

—Ni veo la alcoba ni a la señora.

—¡Ay, Dios! Quítate el sombrero, Dave, por favor, hazlo por mí. No le hagas caso, Anselmo.

Dave Conway se quitó el sombrero, lo cual pareció defraudar a Scanscio, que gruñó:

—Siéntate, nariz chata.

—Me quité el sombrero porque lo pidió Alida, que ella sí que es una señorita. Y en cuanto a sentarme, no hay inconveniente. No pido guerra, pero no me gusta que me achiquen.

—Un muchacho con los riñones bien colocados. Eso es lo que quieres demostrar. Vamos a ir por partes. Hay algo pasable en ti, puesto que has logrado convencer a esta dengosa de que en esta casa hay billetes grandes a ganar. Por teléfono dijiste que a lo mejor podía haber trabajo para ti. ¿Qué es lo que sabes hacer y que valga la pena?

—Si no más que tú, lo mismo que tú.

—Vaya cuñadito que me has buscado, tú. Al grano antes que me amosque y se estropee el mobiliario. ¿Te ha fichado la policía?

—No.

—¿Estás metido en jarana?

—No.

—¿Por qué te interesa trabajar con Carfax?

—Me interesa no trabajar, sino ganar dinero pronto.

—Este novio que te has agenciado, me parece que podrá servir. Hablaré con Don Carfax, y esta tarde, a las cinco, volved aquí. Tú a vestirte de vendedora, y tú para ver si te colocamos. Y vete convenciendo a ésta de que el mundo es de los que saben que la única verdad es la que está escrita sobre los papeles de Banco. Y ya está bien. Esta tarde, a las cinco, por esta misma entrada. Tú al vestuario, y tú conmigo al despacho del patrón. Ahuecando.

Abrió Scanscio la puerta. Ella tendió la mejilla, donde maquinalmente posó un instante los labios su hermano.

Al pasar Dave Conway, dijo Scanscio:

—¿Dónde demonios te he visto yo? ¿Boxeas?

—Boxeé. Hasta esta tarde.

Cerró Scanscio la puerta, pasándose después la mano por el enmarañado cabello. Entró en la parte donde estaba el lecho, rezongando:

—Por fin se decidió esta tonta. ¿Duermes o qué, Giana?

La mujer se removió entre las sábanas. Dijo:

—Estuve escuchando. Y vi al novio de tu hipócrita…

—A la chica la dejas en paz. Podrá ser tonta, pero de hipócrita no tiene ni un cabello.

—¿No? ¿Y está tratando de meter a un «embuchado»? Si llevaras más tiempo aquí, sabrías ya qué clase de pajarraco es este Dave. No te precipites… Déjalo… Será mejor que lo arregle Carfax. Este supuesto novio, o si lo es ha engañado a tu hermana, es Dave Conway, el más bestia de todos los policías… ¡No seas bestia!… Le diremos a Don que desde un principio nos dimos cuenta, pero que tú seguiste la comedia, y así esta tarde, a las cinco, el que venía a por lana saldrá trasquilado.

CAPÍTULO VII

Sosteniendo el auricular, miró Pitman el relojito sobre la mesa de su despacho. Marcaba las once y siete. Se despidió:

—… Esperamos.

Ahorquilló, y expuso al que se sentaba frente a él:

—Es curioso, William. Tu mujer le ha dicho a Danvil que ella no quiere estar presente. Que no acepta modificación alguna, y que si mañana a esta misma hora no tiene en su poder el documento debidamente legalizado por el que pueda considerar hecho el depósito que exije, hará uso de ocho cartas y un objeto que prefiere por ahora conservar. He sido tu consejero legal… Va a venir Elmer Danvil, que es un aguilucho. ¿Qué sucede entre tú y Malvina? ¿Por qué te pide un millón, y no aparece? ¿Qué son esas ocho cartas y el objeto que cita?

Una extraña mueca crispó los labios de Levelyn dijo:

—Llamémoslo chantaje, pero se da el caso curioso que si ella acude a la policía, compartirá mi responsabilidad.

—¿Puedes ser más explícito?

—Lo seré ante Danvil.

—Ten cuidado, William. El representa a tu mujer. Percibirá el porcentaje sobre lo que te saque ella. No seas imprudente… No tarda ni dos minutos en presentarse Danvil. Al olor del millón, volará. Se habrá dado ya cuenta de que hay algo obscuro en todo esto, No hables de chantaje, no cites a la policía… ¿Qué fué? ¿Atropellaste a alguien… y ella lo ha sabido? Ten presente que te obstinaste en conservar a tu lado a una mujer que cerebralmente te odiaba, porque para ella eras el hombre rico, que la había comprado. Siento ser tan crudo, pero es la verdad. Debiste acceder a su petición de divorcio…

—Los fríos y metódicos juristas ignoráis lo que son determinadas pasiones que calificáis de vergonzosas. Con todos mis sentidos la necesito. Es como una droga… Sin ella, tanto me da vivir o morir.

—No seas folletinesco, William. Recapacita…

—He recapacitado horas y horas. He llegado a una conclusión. El secreto que ella cree poder explotar abandonándome, va a ser precisamente el que nos unirá. No me importa que sea cadena forjada en odio por parte de ella. Hay profundidades íntimas, que tú ignoras. Fumamos, y nos quema la lengua el pitillo. Bebemos, por beber, alcoholes desagradables. Buscando algo, un olvido o una sensación.

—Creo adivinarte, pobre amigo mío. Pero es mala droga ella. Te soportó por tu dinero… Si sabe algo peligroso para ti… En fin, ya es tarde.

Llamaron a la puerta, y una secretaria asomó:

—El señor Danvil.

—Que pase.

Entró Elmer Danvil con su cartera bajo el brazo. Vino rectamente a estrechar la mano de Pitman, y, sentándose, saludó:

—Buenos días, señor Levelyn… Textualmente, mi clienta, por teléfono, me ha dicho lo siguiente: «No quiero ver al que fué mi esposo, para nada en absoluto. No modifico…».

—No siga, Danvil. ¿Cuándo comunicará con Malvina?

—Ha quedado ella en telefonearme exactamente a la una.

—Debo pues creer que no sabe usted dónde se aloja.

—Es conferencia. No se aloja en ningún hotel de la capital. Puede creerme porque es la verdad. Este asunto empieza a parecerme muy turbio, y no tengo por qué mentir.

—Yo tampoco. ¿Quiere tomar nota de mi respuesta?, Yo pagaré sus molestias, Danvil. Páseme a mí la minuta de honorarios, porque mi esposa no tiene un solo centavo, ni lo tendrá.

—Perdona que intervenga, William. ¿No estimas preferible llegar a una transacción?

—Y por mi cuenta añado, Levelyn, que estoy dispuesto a llevar hasta el fin el asunto. Si mi clienta no quiere renunciar, debe ser porque se apoya en sólidos motivos. No les aireemos, y será mejor. No obstante, tomo nota. Puede dictar… Soy bastante buen taquígrafo.

Cerrando los ojos, William Levelyn, recitó lentamente:

—Me dispongo a regresar al sitio donde te conocí. No debiste creerme tan cobarde como para renunciar a mi fortuna, que es el collar que rodeó tu cuello, y del que yo sostengo el cierre. Mi única cobardía consiste en no renunciar a ti. Me has inducido perversamente a un trágico error. Diabólicamente, con una malignidad sin perdón, pero te olvidas que eres tan culpable como yo. Porque si yo persisto en conservar tu propiedad, soy culpable de querer a una criatura sin alma, inhumana y perversa. Pero tú que me aborreces, ¿por qué no te separaste de mí, sin más trámites que tu libre voluntad?…

—Un momento, William. No debes…

—Ya basta —atajó Danvil, levantándose—. Yo comunicaré textualmente este mensaje, Levelyn. Pero no se extrañe si con la presentación de una copia de este mensaje, tomado ante mi colega, el procurador acepta mi primera demanda, justificando uno de los puntos aducidos por mi representada.

—¿Desquiciamiento nervioso? Añada más, Danvil. Demencia pura. Al menos este calificativo merezco, para quienes no puedan comprender mi obstinación. Pero atienda ahora usted un consejo práctico. Llevando adelante este maldito asunto que usted llama turbio, se expone a no percibir un solo centavo, Danvil. Su tiempo es oro. Si mi inteligentísima cónyuge piensa que yo soy como Peter Wilkes, lo soy hasta cierto punto.

—¿Peter Wilkes? ¿Está usted divagando? Wilkes es un abogado que no ejerce.

—Usted debe saber que Wilkes enviudó.

—Sí. Y estuvo largo tiempo inconsolable.

—Muy sinceramente inconsolable, porque también para él su esposa era como una droga. Pero no quiero divagar más. Si Malvina persiste en su velada amenaza, no percibirá honorarios, Danvil.

Elmer Danvil estrechó la diestra de Pitman, y salió. En pie, Levelyn manifestó:

—Tendrás noticias mías mañana hacia esta misma hora, Pitman.

—No estás en tus cabales. ¿A qué viene la alusión a Wilkes?

William Levelyn puntualizó:

—Se cita el pecador pero no el pecado. Si tienes amistad suficiente con Wilkes, y sientes curiosidad, pregúntale a él. Es

también un pobre complicado de espíritu. Le gusta fumar, aunque le pique la lengua, y beber, aunque no le guste el *whisky* que nos venden los «bootleggers». Un intoxicado. Hasta mañana, Pitman… No recurras a tu amistosa elocuencia. Todo es inútil. Ella volverá a mí… o ella y yo rendiremos cuentas, y no precisamente ante un tribunal de divorcios.

El abogado Pitman, apenas se hubo ido el que parecía demente, consultó el listín en busca del domicilio de Peter Wilkes. Idéntica búsqueda estaba realizando Elmer Danvil.

* * *

En la calle, Alida Scanscio lamentóse:

—¡Las once y dos minutos! Estamos perdidos. Él cascarrabias me lo tiene dicho: «Ya lo sabe, muñeca. Un minuto más tarde de la hora, y no entre. Pierde la parte proporcional de paga, y si reincide dos veces seguidas, sin motivo justificado, a la calle de patitas». ¿Y sabes por qué, Dave? Porque un día me cogió de la barbilla, y le largué un puntapié en la espinilla que aun se está rascando. ¡A mí tocatas de barbilla! ¿Y ahora, qué hago yo?

—Tampoco tengo yo nada que hacer, Alida.

—Porque, vamos, eso de trabajar sin cobrar será sublime, pero yo soy poco sublime. Tiene usted… bueno, ya estábamos de tú… Tienes cara triste, Dave. ¿Te van mal las cosas?

—El policía al que ayer mataron, era mi único amigo.

—Eso sí que debe doler. Yo recuerdo cuando se murió un canario que me regaló Silvana, la vecina. Le había yo cogido tanto cariño al canario que cuando se me quedó arrugado en la jaula, la pena que cogí me duró meses. Claro, soy una tonta, porque tu amigo no era un canario.

—No eres tonta, Alida. Eres natural, y nos entendemos.

—Este barrio no me gusta. Todo es falso. Por fuera limpio… y ya viste por dentro. Olía a colilla húmeda. Si no tienes nada que hacer hasta el almuerzo, nos damos una vuelta por el «Zoo». Hay un mono que se da una maña espantosa para coger manises al vuelo.

—Eso es. Será como unas vacaciones. Pero antes telefonearé. Puedes entrar conmigo. No tenemos ya secretos.

En la cabina, Conway pidió el número de Peter Wilkes. Esperó,

porque le dijeron que comunicaba…

Miró a la que dada la estrechez del espacio le rozaba casi la barbilla con sus cabellos.

Sonrió y dijo:

—¿Conque le largaste un puntapié en la espinilla al jefe?

—Es el bibliotecario mayor. No te asustes, que yo no me leo los libracos ni enseño los cuadros. Yo sólo llevo los libros de un lado para otro, y tengo hartura de libros. Me conozco cada título que es la «reoca». Y los leen señores muy serios. Hay uno, sobre todo, que es el «despiporren». Arriba dice: «Otto Schusmacher», que es el que lo escribió. Y después advierte: «Memorial morfológico y datos cronológicos desde Erasmo hasta la teoría freudiana, con comentarios y citas marginales». Hubo un señor que lo pidió, y se le trababa la lengua, Es un libro grande, y al abrirlo pueden dormirse al calorcito…

Se calló, porque Dave Conway apartó la mano de la boquilla, diciendo:

—¿Wilkes? Aquí, Conway.

»—¿Dónde te metes, Dave? Vino Callaghan, y dije que dormías. Hizo ver que se lo creía. Tienes un par de oficios metidos en un sobre. Me dijo Callaghan que los leas antes que sea tarde. Ven enseguida. Es por tu bien. Hazme caso. Te espero. Ven enseguida.

—No me importa nada de nada…

»—Callaghan ha dejado tu placa, tu carnet y tu trasto de matar: No seas majadero, y ven enseguida.

Colgó Conway el aparato, y saliendo de la cabina callejera, dijo:

—Si no te importa, paso por casa a recoger unas cosas. Me esperas abajo.

—Con otro, esperaría abajo. Contigo no hay patadas en la espinilla, Dave. Eres un buen muchacho.

Dave Conway pestañeó. Aparte su madre, nadie le había dicho nunca que era un buen muchacho. Gruñó:

—Te invito a otro taxi.

—¡Al asalto! Paga el contribuyente, ¿no? Porque dicen que los policías, cuando estáis de servicio, pasáis la factura. Y como no hay estafa porque cobran igual por uno que por cuatro, al taxi, que me estoy dando unas vacaciones de señora. Estuvo muy fino aquello de quitarte el sombrero. Vosotros los policías parece que lleváis, la

badana del sombrero pegada con cola de carpintero.

—Tenemos que hacer caso del primer consejo al novato. Ten siempre las dos manos libres…

—¿Y a todo esto, a dónde vamos, pareja? —inquirió el chofer, después de esperar un instante.

Dió Conway la dirección, y ella rió:

—Por ahora, todo va como una seda. Pero esta tarde a las cinco, ¿qué va a pasar?

—Nada, Tú no vas. Voy yo. Lo discutiremos a las cinco y media.

—¿Ves lo que pasa cuando se coge confianza? Ya le mandan a una… Pero te diré una cosa, Dave. Creo… que me dejaría mandar por ti, con el tiempo.

—No dejo de ser un policía. Ya habláremos de todo esto otro día. Ahora me han complicado la existencia…

—¿Cómo y quién?

—Lo sabré cuando me lea lo que voy a recoger.

Los dos oficios contenían, el primero: el traslado a la plantilla de Springfield, al sur de la provincia. El segundo, la orden de efectuar el traslado antes de cuarenta y ocho horas.

Dave Conway volvió a abrochar la placa en su tirante… Peter Wilkes miraba con elocuencia a la que, sentada, examinaba el salón con crítica desaprobación.

—Esto no es mío —aclaró Conway—. Es de éste. La otra mitad del piso es la mía. Ahora recuerdo que no os presenté. Éste es un pariente mío. Peter Wilkes, abogado. Esta señorita es Alida Scanscio.

—Celebra conocerla, señorita.

—Vámonos, Alida.

—No tengas tanta prisa, Dave. Estoy esperando a dos abogados que de pronto han sentido una imperiosa amistad y vienen a verme para hablarme de un tal Levelyn, del que ya te he hablado.

—¿Levelyn?

—El maniático ese que no quiere que su mujer se divorcie.

—¿Y a mí qué me importan tus abogados?

—Es que puede haber asunto para ti. Parece ser que Levelyn les ha dicho a estos dos abogados que él está en mi caso… Tú lo conoces. Lo de Leila.

—Ya no soy de la plantilla, y además me voy al «Zoo». No tengo

trabajo particular hasta las cinco de la tarde.

En la calle, dijo Alida:

—No me gusta tu pariente. Es de los que miran quitándote poco a poco la ropa. Estaba yo con unas ganas de estallar, pero como tú ya ladrabas, no ladré.

—No simpatizamos, pero no es mal chico.

—¿Quién es Leila?

—Era su esposa. Murió en un accidente de coche. Él la quería mucho, y cuando le notificaron su muerte, se quedó mucho tiempo idiotizado.

—El amor atonta, Dave.

—Pero hay cosas que no son como deben ser.

—¡Cuenta, cuenta!

—Resulta que este chico, que es uno de esos llamados intelectuales que se leen libracos y entienden de música, pintura y todas esas monsergas, se casó de pronto con una mujer que había conocido en Europa. La gente empezó a decir que ella no era precisamente la mujer que todos pensaban que iba a conseguir que el solterón Wilkes se convirtiera en marido.

—¿Era fea?

—Ni fu ni fa. Más bien gruesa. Inculta, y ninguna jovencita elegante. La gente se maravillaba de que Peter se hubiera casado con ella. Leila se murió, y entonces reveló Wilkes lo que yo me hubiera callado… o si me pasa a mí, la estrangulo.

—¡Cáscaras! —Y Alida Scanscio, colgada del brazo del policía, escuchaba con avidez.

—La cosa pasó así, según me contó Wilkes. Empezó en Austria, y él tonteaba con cuantas se le ponían a tiro. Conoció a Leila. Al principio le gustó físicamente, porque ella sólo engordó a partir de la boda.

—¿Te gustan gruesas, Dave?

—Mitad y mitad. A lo que iba. Wilkes tonteó, y cuando vió que Leila era primitiva y casera, y que para pasar unas vacaciones, la había hecho pedir unas vacaciones en la oficina donde ella trabajaba, empezó a sentirse a disgusto, porque en el fondo no es mal chico. Dijo que no quería casarse, y que lo mejor era que ella volviera a su trabajo. Y ahora viene lo bueno.

—Estoy «lampando»…

—En lo sucesivo, sean minutos, horas o años los que estés conmigo, cuando se te ocurran palabras de macho te las tragas, ¿estamos? O de la torta que te endilgo vas al dentista. Parece mentira, hombre… Una chica bonita, como eres, y soltando unas barbaridades por esta boquita…

—De acuerdo, de acuerdo. Me refinaré ya que tengo boquita. Pero estábamos en lo bueno.

—Leila dijo que comprendía que Peter no había nacido para ser un mando fiel. Pero que como no había sido desleal, ya que nunca habló de matrimonio, sino de «prueba»… ella se iría. Y ahora viene lo bueno. Resulta que ya con la maleta y diciéndose adiós, ella sonríe y dice más o menos: «Estuve pensando que podría obligarte a casarte conmigo, Peter. Pero serías capaz de matarme».

—¡Repám…! Quiero decir: ¡Hay que ver!…

—Resulta que Peter, en sus andanzas por Viena, en riña mató a un marinero. Creía que nadie lo sabía, porque el marinero y él pelearon en una calleja, de noche, y sin nadie mirando. Eso creía Peter. Y el cuchillo que mató… era el mismo que el marinero pretendía clavarle a Peter. Y mira por dónde… Leila, que no tenía sueño, estaba en el balcón de la pensión para señoritas donde se alojaba. Después, cuando le presentaron a Peter Wilkes, se calló que reconocía en él al que aquella noche mató al marinero.

—¡Eso es de verdadero… espanto!

—Leila se marchaba, y entonces la llamó Wilkes. Quiso saber por qué ella no declaró a la policía vienesa aquel asunto. Ella, primitiva según Wilkes, dijo que el marinero había muerto al intentar matar. Cosas de hombres. Y Wilkes se casó. Decía que los primeros meses, le hacía gracia ver luz de miedo en los ojos de Leila, que nunca sabía si él la iba a abrazar o a estrangular. Un hombre complicado.

—Y tanto. Entonces, el tal Levelyn, ¿a quién ha matado?

—¿Por qué tiene que haber matado Levelyn?

—Dijo tu pariente que los dos abogados que van a verle, han dicho que Levelyn estaba en el caso de él.

—Wilkes no contará a los abogados… Hombre, aunque sea por curiosidad, le preguntaré a Wilkes quién es este Levelyn, y de qué se trata. Pero ahora estamos ya en el «Zoo». Vamos a ver este mono que atrapa los manises al vuelo. Hasta las cinco no tengo trabajo.

CAPÍTULO VIII

Anselmo Scanscio arañó la puerta con reverente delicadeza. Descorrieron una mirilla, y al reconocer Jack Preston al que deseaba ser recibido, abrió.

En el pequeño salón, en mangas de camisa como Preston, Bruno Butler estaba tendido a medias sobre un diván. Comentó, a modo de saludo y bienvenida:

—Te advierto que hacer venir al patrón a las cuatro y media aquí, te puede costar caro si lo molestas para memeces.

Anselmo Scanscio fué a sentarse, sin responder. Miró cómo Preston iba realizando un solitario y después examinó al desconocido que se sentaba en la banqueta de cuero, junto a la puerta que daba acceso al salón personal de Don Carfax en el «Meteor».

Un hombrecillo extraño. Vestía de negro, con cuello duro, corbata de nudo hecho, asido con presillas, chaleco blanco, botines blancos, y se cubría la cabeza con un sombrero de alas levantadas.

Parecía exactamente un profesor porque además de su respetable atuendo sobremontaban su larga nariz unos lentes con pinza dorada.

Se mantenía erguido, apoyadas las manos enguantadas de gris sobre una carpeta.

Anselmo Scanscio conocía el valor del silencio delante de Preston y Butler, los «fieles y antiguos», los supervivientes que en el año 28 eran camioneros con Carfax, y con éste habían iniciado una rápida carrera ascendente, al substituir en el volante y asiento delantero a los cuatro que mataron, para apoderarse de los dos camiones cargados hasta los topes de bebidas alcohólicas.

Jack Preston se puso en pie, abandonando las cartas, y con

Butler se dirigió hacia la puerta, junto a la que se sentaba modosamente Sam Kennedy.

Eran exactamente las cuatro y media. Entraron ellos dos y pasaron unos minutos.

Anselmo Scanscio, para calmarse, continuó el solitario dejado a medias por Preston.

Sam Kennedy mantenía la mirada fija en un punto indefinible. Su rostro era severo. Viéndole, nadie podía imaginar que Sam Kennedy era el más habilidoso granuja dotado de cínica inteligencia y sangre fría.

La puerta volvió a abrirse, y Anselmo Scanscio, arreglándose el nudo de la corbata, se puso en pie.

Pero Butler dijo:

—No entra nadie, Scanscio. Aguarda hasta que te llame el patrón. Entra, Sam.

La puerta volvió a cerrarse cuando hubo entrado Sam Kennedy.

El salón donde muy pocos lograban entrar, tenía aspecto de oficina de agente artístico. Las paredes, casi cubiertas por retratos y grabados de mujeres en todas actitudes y características.

Sillones bajos sin respaldo, un diván-cama, una mesa larga, y tras ésta, en pie, Don Carfax, de poca estatura pero anchas espaldas, y rostro moreno de ojos muy juntos, que proclamaban su no muy lejana ascendencia «cheyenne».

Tenía predilección por las camisas a cuadros amarillos y negros, con corbatas en que jugaban los dos mismos colores. No fumaba, no bebía ni jugaba.

Sólo tenía dos pasiones: matar para enriquecerse, y las mujeres. Creía que hacía muy señor adoptar un tono campechano.

—Hola, Sam. Me alegró mucho saber que le pediste a Jack verme lo antes posible. ¿Qué tal te fué por el hotel?

—Lo de siempre —replicó con mesurada entonación Sam Kennedy, que había salido de la penitenciaría de Marietta dos días antes, cumplida su tercera condena—. Los años pasan deprisa, y adquiero mayor ilustración en la universidad práctica que es la cárcel.

Rió Carfax con su falsa jovialidad. Señaló uno de los sillones sin respaldo a Kennedy, que se sentó erguido el busto, juntas las rodillas, colocado el sombrero ante el regazo donde conservaba la

carpeta.

A espaldas suyas, Jack Preston encendió un cigarro. Bruno Butler, cruzado de brazos, esperó el principio de la «función», donde era parte actuante el cigarro recién encendido por Preston.

La punta ardiente solía inspirar deseos de ser sincero al que la notaba sobre su piel, y en diversas partes sensibles…



Me llamo Dave Convay, y soy de la criminal…

—Tú dirás, Sam. Me alegra saber que me dedicas tu primera visita, porque supongo que habrás estado desquitándote del encierro, y no pensaste en negocios hasta que te acordaste que te pago muy bien los buenos proyectos.

—He de decirte que ya no podré salir de aquí, porque estoy en peligro.

—No doy asilo a viejos idiotas, Kennedy. ¿Estás chocheando, que vienes a pedirme protección?

—Fosco me ha llamado esta tarde a las tres. Me ha ofrecido diez mil, que me pagará a las diez de esta noche.

Don Carfax hizo una señal, y Preston, apagando el puro, abandonó el salón en compañía de Butler.

Se aproximó el «gángster» para sentarse frente a Kennedy. Le dió una palmada en las rodillas.

—Vaya, vaya… —fingió sorprenderse—. ¿Conque has estado hablando con mi gran amigo Fosco? El pobre está de luto riguroso.

—Está trastornado.

—Es muy sensible perder a una hija tan preciosa como era Coral. Pudo ser mi esposa, pero Fosco me llamó «piel roja» entre otras cosas. ¿Qué quieres, Sam? ¿Que te dé diez mil y un dólar?

—Los años me hacen reflexionar en que debo sentar la cabeza y labrarme un porvenir. No es buena inversión trabajar para Fosco, porque está acabado. Sus hombres se han dado cuenta, y no tardarán en perderle el respeto. No tiene más que una obsesión en su trastorno.

—Siempre la tuvo, si te refieres a que desea liquidarme, pero sin complicarse.

—Está convencido de que tú mandaste matar a Coral, o actuaste personalmente.

—¿Tú que opinas?

—Soy muy viejo ya para opinar, Carfax. Vino a buscarme un tal Enzio Pertile, un mozalbete engreído y de poca clase. Semejante al que tienes ahí fuera esperando. Me dijo que Fosco deseaba proponerme un negocio limpio y sin riesgo. Está aquí.

Y Sam Kennedy alzó su sombrero para tocar la carpeta.

—Un plano perfecto, he de reconocerlo. Fosco tenía categoría hasta que se obcecó contigo.

—Veamos este plano.

Cogió Carfax la carpeta, y fué a la mesa. Clavó con chinchetas el rugoso papel.

Tenía muchas nociones de delineante el que había trazado el plano de lo que era una planta baja. Hasta el menor detalle estaba dibujado de acuerdo con los modelos al uso de aparejadores.

—¿Esto qué es, Sam?

Frente a él, al otro lado de la mesa, Sam Kennedy semejó más que nunca un profesor, al ir explicando:

—Es el plano de la casa, en su planta inferior, del joyero Wood. Su casa de campo, donde pasa los fines de semana. La prensa ha citado que da mañana una fiesta en honor de un príncipe. Y a mí me ha dicho Roscoe, el que fué agente de seguros, que el príncipe ha traído a Wood dos rollos de piedras. Rollos de terciopelo donde se alojan piedras, brillantes y diamantes. Piedras que Wood ha dejado, desde la llegada del príncipe, en la caja fuerte de su casa de campo, custodiada por cuatro detectives.

—¿Te ha dicho esto Roscoe?

—No. Eso es lo que quiere Fosco que te diga.

—Pero es verdad que Wood está en tratos con un príncipe malayo.

—Fosco no te iba a mentir en este detalle que te abriría el apetito mirando este plano, y su plan es de los que no fallan. No hubiera fallado, si yo no hubiera comprendido qué Fosco está perdido. No piensa más que en matarte, y marcharse. Ya tiene el equipaje preparado. Hasta se lleva a su hija…

—¡Estás chocho! La enterraron esta mañana.

—Enterraron al detective que ayer tenía a su cargo custodiarla a ella, y que no supo hacerlo. A Coral la hizo embalsamar. La he visto yo mismo, y a su lado las maletas. Fosco me ha ofrecido diez mil que me dará esta noche en su casa, y me ha dicho que si me voy con ellos al Canadá ganaré mucho dinero.

—¿Por qué no has aceptado?

—No me gustan los hombres como Fosco, que abandona su gran negocio sólido, porque sabe que después de matarte, no podría seguir mucho tiempo en Chicago, ya que ha recibido un aviso. Un aviso firmado por el alcalde y refrendado por la fiscalía. Se le advierte que si te ocurre a ti algún misterioso accidente, con balas como vehículo, le resultará difícil valerse de sus influencias. Y sin

embargo, el muy loco persiste.

—También yo he recibido el mismo aviso, pero no con referencia a Fosco, sino a un policía llamado Dave Conway.

—Me ha dicho Fosco que éste intentará verte, valiéndose de la hermana de un tal Scanscio. Claro que esto yo debía decírtelo como si lo hubiera averiguado por otro conducto, para que de lleno me dieras tu confianza.

Se humedeció los delgados labios Carfax. Dijo con siniestra alegría:

—No estaría mal cazar a la vez a Fosco y al policía. ¿Qué ha planeado Fosco?

—Yo debo hacerte creer que los cuatro detectives se turnan para cenar, yendo dos de ellos de ocho a nueve a sus casas, y los otros dos de nueve a diez. Y dejarte deducir…

—Ya… De ocho a nueve, meterles mano a los dos que están en sus casas, y a las nueve llegar allá como si fuéramos ellos, empleando a Preston y a Butler, que al entrar quitando las alarmas aquí indicadas, no despertarán sospechas en los otros dos. O entrar en cualquier momento entre ocho y diez.

—Y dentro, amarrados los dos detectives, te esperan Fosco, Loyal, Wilson y Pertile. Bien colocados. Fosco te quiere con vida…

—¿Por qué cree Fosco que iré yo?

—Porque está seguro de que personalmente, tú que no fías ni en tu propia sombra, querrás colocar la mano en los rollos de terciopelo.

—Así es. Todo bien pensado, Sam, y casi lo hubiera creído, aunque te hubiera llevado conmigo.

—Eso fué lo que me dijo Fosco, asegurándome que no me pasaría nada, porque distribuiría a sus tres hombres de modo que vosotros caeríais sin poder siquiera mover un dedo.

—Magnífico… ¿Y qué hora me ibas a sugerir, Sam?

—No importaba. Ellos estarán allá desde las ocho hasta las diez.

Don Carfax empezó a reír en forma que le era peculiar cuando estaba muy alborozado. Primero como si sorbiera un líquido, después como si lo fuera escupiendo poco a poco, y por fin con carcajadas que eran pequeños gemidos.

Se secó los ojos…

—¿De ocho a diez, esperándome?… ¿Por qué dijiste que estabas

en peligro?

—Porque si le matas, puedo verme complicado, y si te mata, lo estaré aún más.

—Soy quien soy, viejo —sonrió afectuosamente Carfax—. Vamos a sentarnos. Ya has cubierto tu porvenir. Te prometo cincuenta mil tocantes y sonantes esta misma noche. Te confesaré que desde que mataron a Coral, me imaginé que Fosco no descansaría hasta perderse, con tal de perder yo la piel. Tú eres muy práctico en saber lo que piensa un hombre cuando está en la cárcel. Debe dar mucha rabia ver que un odiado rival, no sólo se ha quedado con todo lo tuyo, sino que además ha sido el que ha revelado a la policía una prueba tan evidente e innegable que por lo menos te tendrá a la sombra una decena de años. Bastará con abrir la tumba y encontrarán al detective baleado o destrozado a golpes. Fosco y sus chacales me estarán esperando… y mientras, ¿sabes dónde estaremos nosotros, Sam?

—No tengo la menor idea.

—En la propia casa de Fosco.

Volvió a emitir en tres tiempos su risa Don Carfax. Sam Kennedy esperó con fría seriedad.

—Le puse un espía a la casa. Un tipo seguro, que, desde una ventana del «Drake», ve perfectamente lo que sucede. Me comunicó que esta tarde entró un hombrecillo. Describe muy bien por teléfono. Te reconocí. También esta mañana me comunicó que salió uno, cuya descripción es la del policía Conway. Y esta mañana, Fosco ha estado en los tres Bancos que le guardan los fondos. Y salió con la cartera cada vez más abultada bajo el brazo… Rebatiña de fondos, preparando el largarse, como ahora me doy cuenta. Largarse tan pronto yo hubiera caído en la trampa de este plano. Te has ganado cincuenta mil, Sam. ¿Tienes que comunicar con Fosco?

—Me dijo que no era necesario, puesto que seguramente tú me conservarías a tu lado, hasta entrar en la casa de Wood. Pero que si podía telefonear sin peligro…

Apuntó Carfax hacia un teléfono.

—Anda, habla con él.

Sam Kennedy cogió el aparato cuando se lo tendió Carfax.

—Habla Kennedy, sí, señor. Entre Ocho y diez irán. Voy con ellos. No me extiendo más, porque va a volver Preston.

Colgó Kennedy el auricular.

Don Carfax murmuró:

—Hasta oírle la voz por teléfono me da fiebre. Llama a Scanscio.

Sam Kennedy abrió la puerta e hizo un ademán invitador.

—Quédate, Sam. Adelante, Anselmo, adelante. ¿Qué te hizo pedirme charla para antes de las cinco?

—Un policía llamado Conway ha engañado a mi hermana y se hace pasar por jabato, señor. Está al caer. Hice ver que me lo creía, y le cité a las cinco. Dice que quiere trabajo, y le dije que hablaría con usted.

—Ya has hablado, Anselmo. Vete a buscar a Conway y a tu hermana. Ya me ha explicado el asunto Giana. Los dejas en la antesala y te retiras. Vete. Y ahora, Sam, escúchame bien… Le quiero colgar otro muerto a Fosco. El muerto se llama Dave Conway.

* * *

A las cinco menos cinco, Dave Conway repitió:

—Todo saldrá bien, si me obedeces, chiquilla. Le llevas esta carta al inspector Callaghan, y me esperas en su despacho. Es necesario que él sepa lo que hay que hacer.

Trémula, Alida cogió la carta, asintiendo. Dave Conway le acarició un hombro, en torpe muestra de afecto.

Las horas pasadas en compañía de aquella sencilla y espontánea muchacha, sabiendo que a partir de las cinco cualquier minuto podía significar el fin de todo, habían suscitado en Dave Conway sensaciones de ternura jamás sentidas.

—A ello —dijo secamente.

—Hemos pasado un día excelente, Dave. Y tengo mucho miedo ahora… de que todo termine mal.

—No seas tonta. Ellos no saben quién soy. Me ganaré la confianza de Anselmo.

—Pero… ¿qué te propones?

—Pronto lo vas a saber. Te lo dirá el inspector Callaghan… y nos volveremos a ver tan pronto termine este acto de servicio.

Pero Dave Conway no sabía mentir. Dió media vuelta, y se marchó hacia el «Meteor».

A solas, impulsivamente, Alida Scanscio rasgó el sobre con golpes de índice. Y fué leyendo lo que, después de comer, había estado escribiendo Conway, diciéndole que era el resumen de sus investigaciones.

> «Inspector: Me ha sido grato ver que el comisario se ha conformado con hacerme trasladar a Springfield. Gracias a usted.
>
> »La chica que trae esta carta es buena a carta cabal. Mírela… Hubiera sido mi esposa, si en estos mismos momentos no tuviera yo lastre de plomo en el cuerpo. Me refiero al momento en que estará usted leyendo. Esta mañana, gracias a esta chica, he conseguido engañar a Scanscio. Me supone un vividor crápula. Va a llevarme ante Carfax. Es casi seguro que apenas entre me reconocerán sus crápulas, y dispararé hasta que no pueda seguir apretando el gatillo. Donde sea que encuentren mi cuerpo, no investiguen. Soy el segundo policía honrado que mata o hace matar Don Carfax.
>
> »Doy fe,
>
> »*Dave Conway*».

* * *

Anselmo Scanscio comentó, al abrir la puerta:

—Puntual como un cobrador, cuñado.

—A ello.

Entró Conway, hundidas las manos en los bolsillos del chaquetón. En el derecho llevaba la pistola numerada de los registros policiales, como legalmente perteneciente a un agente.

En el izquierdo, la de numeración raspada, y con cargador sencillo. No abultaban sus bolsillos exageradamente, porque tenía las caderas estrechas. Y apretaba fuertemente contra ellas…

—Sígueme, cuñado. El camino no es complicado, pero…

—A ello. ¿El patrón me dará o no me dará trabajo?

—Te espera; pero ¿y mi hermana?

—Vendrá algo más tarde. Anda más aprisa, que estoy impaciente por ser recibido por el gran Carfax.

CAPÍTULO IX

William Levelyn no abrió la puerta, sino una ventana, de su casa de campo de Joliet. Reconoció al que decía:

—Has tardado, William. Estaba convencido que estarías aquí. ¿Es que no me vas a dejar entrar?

—No creo que a las cuatro y media sea una hora favorable para la visita que espero.

Levelyn fué a abrir, y entró Peter Wilkes. En el vestíbulo, todos los muebles estaban enfundados, menos dos sillones.

—Vinieron a verme Pitman y Danvil. Querían a toda costa que yo les dijera en qué nos parecemos tú y yo. ¿Puedo sentarme?

—Sí. Hasta que no obscurezca, no espero visita alguna.

—Danvil ha telefoneado a Malvina tu mensaje, palabra por palabra. Ellos dos opinan que estás plenamente mordido por la demencia. Les dije que lo averiguaría, y que tan pronto te encontrase les revelaría a ellos en qué radica la semejanza que has invocado.

—Ya me has encontrado. Sólo tú podías saber que el sitio donde conocí a Malvina fué esta casa, cuando ella vino a ofrecerse como ama de llaves. Es el inconveniente de sentirnos confidenciales, Wilkes.

—Danvil y Pitman me han encomendado ser el «tercero» en discordia. Danvil cree que has cometido algo delictivo, y que Malvina te hace objeto de un chantaje especial. Pitman opina que estás loco.

—Ambas cosas son ciertas.

—¿Qué tejemaneje os traéis ella y tú?

William Levelyn, cerrando los ojos, replicó:

—Vete, o quédate. Pero si te quedas, habrás de soportar dos

condiciones: permanecer en silencio y cerca de este sillón, sin ser visto. Puedes estar horas y horas, como yo, esperando en vano. Pero mucho me engañaré, si no viene, y pronto mi adorada esposa.

—Las excentricidades me deleitan, sobre todo cuando presiento algo muy trágico. ¿Te matará ella? ¿La matarás tú? Deshojando la margarita del dilema, bajo aquel faldón que cubre la mesa, las horas serán deliciosas.

* * *

Anselmo Scanscio dijo, al extremo de un corredor:

—El patrón quiere hablarte a solas. Hasta luego.

Dave Conway empujó con el hombro la puerta que se había abierto. Y la aplastó con el hombro, hundidas las manos en los bolsillos.

Se apartó, para cerrarla de un puntapié. No había nadie tras la puerta, y en toda la sala, un hombrecillo.

Sentado, rodillas juntas, erguido el enteco tórax.

—Soy el secretario de Carfax.

—¿Desde cuándo, palomo?

—Desde ayer. El señor Carfax no puede recibirle aquí, porque tiene noticias de que la policía vigila su local. Ha delegado en mí el invitarle a esperarle hasta las ocho, en un lugar más apropiado.

—Huele a puerca trampa eso, palomo.

—Las precauciones son siempre pocas, cuando ronda la policía. Puede usted irse, y volver a las ocho.

—No puedo irme. Cuando entro en un sitio, me quedo.

—Sígame, entonces.

—¿A dónde?

—Saldremos por la puerta posterior y en compañía de Scanscio, que espera en un coche, iremos a un garaje. Puede que el señor Carfax le reciba a las ocho, o más tarde. No sé. Pero el señor Carfax, que necesita mano de obra, lamenta no estar disponible.

—A ello.

Se levantó Sam Kennedy, y abrió la puerta del despacho particular.

Lo atravesó, sin inmutarse pese a que sentía en su nuca la respiración del que, encorvado, andaba casi pisándole los tacones.

—No me acaba de gustar este modo de recibir visitas, crápula.

—Sólo soy un asalariado.

La puerta al fondo abría sobre otro corredor, con puertas a los lados.

Sam Kennedy caminó rectamente, a pasos comedidos, casi solemnes.

Dave Conway esperaba el momento… que no se presentaba. Sólo un hombrecillo delante de él…

Que bajaba unas escaleras entraba en un garaje y se sentaba reposadamente junto al volante que asía Anselmo Scanscio.

Subió atrás Conway. Estaba claro. Le habían identificado, y lo llevaban al sitio donde, aunque no lo quisieran, Carfax y los suyos tendrían que actuar… y rápido.

Scanscio puso en marcha y el coche abandonó el garaje, cuya puerta permaneció abierta.

—¿A dónde vamos, crápulas?

—A otro garaje alejado. Me llamo Sam, y este conductor Scanscio. Salí anteayer de la penitenciaría, y admito que somos unos crápulas, pero es malsonante hacerlo constar, hermano.

—¿Va a durar mucho este paseo?

—Apenas media hora. A una de las casitas sin inquilinos, propiedad particular del señor Carfax.

* * *

Don Carfax miró con avidez a la muchacha que acababa de entrar en el bar situado al fondo del local, que aun no había abierto sus puertas al público.

—¿Te persiguen o estás con calenturas, Alida?

—¡Lea esto, pronto, antes que sea tarde! ¡Pronto!

Arrojó ella con natural dramatismo un papel sobre el hombre sentado encima de una mesita. Carfax cogió al vuelo la carta…

Fué leyendo, y dijo, doblando el papel al terminar:

—Siempre imaginé que Conway era un salvaje testarudo. Pero dime, monada… ¿qué debo hacer con una preciosidad como tú, que traiciona a su propio hermano?

—Ir con mucho cuidado. Si algo le ha pasado a Dave… está usted perdido. No se acerque… Aparte estas manazas sucias y no

me tome por una imbécil. Antes de entrar aquí, he telefoneado al inspector Callaghan, y le he repetido palabra por palabra lo que está escrito en el papel que iba usted a romper…

—¡Maldita pécora!

—Sin ofender, condenado bribón asqueroso. Me dijo Callaghan que viniese aquí, a esperarle… Me dijo ante la puerta, pero da lo mismo… Si Dave… si le ha pasado algo… todo me da lo mismo… pero Usted… ¡usted se va a quemar los fondillos! ¿Oyó?… Esa sirena tanto puede ser una ambulancia, como la gente del inspector Callaghan…

Don Carfax se acercó al mostrador, y alargando el brazo, cogió un frasco, sirviéndose una copa que fué sorbiendo lentamente.

El inspector Callaghan entró…

—Hola, Carfax. ¿Algo nuevo para comunicarme?

—Nada que no sepa usted. Cuando desde la mirilla reconocí a la bestia de Conway, me imaginé lo que dice esta carta.

—He dado orden de que registren la casa. ¿Quiere ver el mandato de registro?

—No me hace falta, amigo. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Cadáveres amontonados? ¿Cuántas veces tengo que repetir que hace tiempo que soy un negociante irreprochable? Tú, nena… Largo de aquí. Tu amorcito se ha ido porque tu hermano le ha prometido que de momento no tengo yo trabajo para nadie, pero que mañana tal vez sí. Búscale, y lo encontrarás.

—¡Este reptil miente!

—Cálmese y salga fuera. Espéreme fuera, señorita.

Alida Scanscio obedeció. La tranquila seguridad de Carfax, complementada por la evidente perplejidad del inspector, barrían su temor…

—Hable sin tapujos, Carfax.

—Yo he recibido un aviso, y sé andar mi camino, Callaghan. Pero anden ustedes el suyo también, que para esto cobran. Amarren a ese bestia de Conway, porque me está buscando para matarme, y le vieron esta mañana muy en amigacho con Fosco. Yo no saldré de aquí hasta que no me mande usted aviso de que han metido ya en cintura a Conway. Si quiere suicidarse, que elija otro medio. Me voy a mi sala privada, inspector. Por despedidos… a menos que tenga algo sólido con que seguir importunándome.

—Meteremos en cintura a Conway tan pronto le encontremos. ¿Quiere darme la carta que le ha entregado Alida Scanscio?

—Toda suya. Y, si no me notifica usted pronto qué puedo yo salir sin verme provocado por un pistolero como lo es Conway, tendré que quejarme debidamente. Todo tiene un límite. Es el colmo eso de que me notifiquen que no le haga pupa a Conway, y viene éste a buscarme para matarme. ¿Qué ciudad es ésta, donde un ciudadano…?

—Ya está bien, Carfax. Siga con su prudente actitud y todos saldremos ganando.

El inspector Callaghan abandonó el local tras el minucioso registro. Unos motoristas hicieron circular la orden de que todos los agentes libres de servicio cooperarían con los que ya estaban empezando a buscar al policía Dave Conway, «requerido de urgencia para su presentación ante el inspector Callaghan, por haberse ya encontrado la persona culpable de las muertes de Jerry Addams y Coral Rinaldi».

Alida Scanscio, tranquilizada por completo, esperó en el corredor, junto a la puerta del despacho de Callaghan. No tardaría en venir Dave Conway, como había asegurado el inspector, ya que la llamada acababa con la decisión suicida de Dave Conway.

Lo que se guardó de añadir Callaghan, fué que había sido el único recurso que había imaginado para «meter en cintura» a Conway, como exigía Carfax.

* * *

Dave Conway, comprobado que el chasis era blindado en su interior, se apoyó de lado. No podían atacarle por la espalda, y divisaba todo el ámbito de aquel garaje, sito en una casa en la carretera de Chicago a Joliet.

Scanscio había bajado para abrir la puerta corredera, y tras cerrarla, estaba de nuevo sentado al volante del coche parado en el interior del garaje, de cabida para tres coches a lo máximo.

Sam Kennedy se ladeó también un poco en su asiento delantero.

—Tenemos que esperar aquí hasta que demuestres tu buena voluntad y capacidades. Puedo ya instruirte. A las ocho, abandonaremos este garaje.

—¿Por qué hemos de esperar aquí?

—A las ocho va a empezar un trabajo, pero por si Carfax decidiera empezarlo antes, debemos estar a punto. Si quieres trabajo, has de pasar la prueba de aptitud. Scanscio te dará arma.

—No me hace falta. Tengo dos pistolas. Una en cada bolsillo.

—Si llevas tu propio instrumental, te podías haber instalado por cuenta propia —dijo, seriamente como siempre, Kennedy—. A las ocho saldremos de aquí, si no hay llamada anterior, para reunirnos con el coche en el que Carfax, Preston y Butler esperarán. Y juntos operaremos.

—¿Atraco? —inquirió Conway.

—Mejor aun, porque asaltar una casa sin inquilinos, no es difícil.

—¿Y por qué vamos a ir seis tipos a un trabajo tan sencillo?

—Lo sabrás tan pronto saludes a Carfax. Y ahora dormiré un poquito. Si sois inteligentes haréis lo mismo, porque el trabajo es nocturno, y puede prolongarse.

Sam Kennedy cerró los ojos, y Anselmo Scanscio le imitó. Su parte la tenía estudiada a la perfección. A las ocho, al bajar para poner marcha, se tenía que limitar a disparar a boca de jarro contra el pasajero, que interesaba entrase ya muerto en la casa de Rinaldi.

Sam Kennedy respiró prontamente con melifluos gemidos. Dormía erecto el torso, reclinada la barbilla sobre el pecho.

Anselmo Scanscio encontraba mortales en lentitud los minutos, porque le era imposible dormir teniendo a su espalda un policía de las características de Dave Conway.

Dave Conway, conocedor de los métodos habituales del pistolerismo, no encontró fallo en lo dicho por Kennedy.

La «prueba» de ingreso solía realizarse de manera similar. Antes de pertenecer a la banda, el aspirante tomaba parte activa.

Cuando los dos coches se reunieran, no creía que Carfax bajase del suyo, pero llegaría un momento, en la «casa sin inquilinos», en que tendría a tiro al jefe de la pandilla.

Y si Preston o Butler bajaban y le reconocían, daba lo mismo. Se precipitarían los acontecimientos, y disparando contra cualquiera de ellos dos, desencadenaría igualmente la mortandad.

Hizo sus cálculos. Cuando se reuniesen los dos coches y apenas bajara Preston o Butler, golpearía con la culata a los dos que ahora estaban delante de él.

Después… ya vería. Si el que bajaba era Sam, esperaría a estar en tierra todos… Abultó los labios. «En tierra»… pero poco tiempo sobre las plantas de los pies.

Su pensamiento evocó a Alida Scanscio, mientras desfilaban con trágica lentitud los minutos.

CAPÍTULO X

Los minutos eran fugaces para el que sentado en el sillón, esperaba. Había encendido las luces centrales. Las fundas blancas de los muebles, en el vestíbulo, adquirían contornos fantasmales.

El crepúsculo se fundía ya con la noche, cuando bajo el porche de entrada resonaron los repiqueteos de un taconeo femenino.

William Levelyn permaneció quieto, mirando al frente, al sillón vacío y desprovisto de funda.

Los taconeos se hicieron más lentos, y chirrió el pestillo triple de encaje de las barras que cerraban por dentro la puerta que al iniciarse el crepúsculo había abierto Levelyn.

Malvina Levelyn, readquirida la tonalidad natural pardo rojizo de sus cabellos, peinados ahora en larga onda, metálico el brillo azulado de sus ojos, avisó:

—Soy yo, William. Te advierto que llevo un arma. No intentes ninguna violencia, o tendré que disparar contra ti, porque eres un demente.

—Hablándome sin que te vea, sales perdiendo, Malvina.

—¿Qué has pretendido con tu mensaje?

—Tratar de llegar a un acuerdo cordial. Siéntate, querida. Frente a mí, podrás desarrollar toda la gama de tus armas, incluida la pistola. Bien me conoces, y sabes que soy incapaz de ninguna violencia en frío.

Ella continuó en pie, tras el respaldo del sillón, en que Levelyn, sin moverse, parecía hablar hacia el mobiliario enfundado.

—En tus cálculos hubo un error incomprensible. Malvina. Me refiero al punto final. ¿Cómo suponías que iba yo a preferir darte mi fortuna, a ir a la silla eléctrica? Estamos completamente solos, porque comprenderás que esta conversación ha de ser totalmente

privada.

—No pienso conversar. He venido solo a decírtelo por última vez. Accedes a la demanda de divorcio, o irás a la silla eléctrica.

—Puedes divorciarte cuando quieras, ya que Danvil y hasta el propio Pitman me creen loco. Otro lo estaría ya… Divórciate, pero no obtendrás un solo centavo.

—¡La policía…! Ellos te…

—Tú misma admites tácitamente que para entregarme a la policía, habrás de entregarte tú misma. Es sencillo. Forjaste una cadena monstruosa, serpentina, y ahora los anillos se han enroscado. Creíste que mi egoísmo me pediría vivir…

—No sé de qué hablas, William. Tendrán razón al suponerte demente.

—Cuando recibí tu primer anónimo, comprobé que, en efecto, entrabas a las cinco de la tarde en el edificio de los almacenes Marshall, y salías hacia las siete, sin que yo pudiera encontrarte. El primer anónimo decía que te citabas con un hombre en los almacenes. Para acusarme, tendrás que mostrar los anónimos.

—Basta la carta que empezaste reconociendo haber matado a tu esposa y a un hombre en el Garfield Park. ¿Qué les dirás a la policía? Perdonen, señores, pero me equivoqué. Como Coral vestía igual que mi esposa, y llevaba el mismo peinado…

—He comprendido ya cómo elaboraste tu plan. Viste por casualidad a la hija de Rinaldi. He visto sus fotografías y, en efecto, se te parece mucho. Te peinaste como ella, tiñendo tus cabellos. Te hiciste confeccionar los mismos vestidos que ella. Y esperaste la ocasión, acechando siempre a Coral, remitiéndome anónimos que sucesivamente me anunciaban que pronto me darían una prueba definitiva de tu infidelidad. Y telefoneaste, cuando viste que Coral y el policía se entrevistaban en el Garfield como dos enamorados. El día era propicio… Tu aviso telefónico fué un prodigio de malignidad. Hasta me aconsejó no ir de frente, porque el otro dispararía. Ya decía el anónimo penúltimo que el hombre que se entrevistaba contigo, era peligroso. Todo muy bien planeado, Malvina. Yo efectué los seis disparos. Tu deber es denunciarme.

Malvina Levelyn vino a sentarse, y sus ojos brillantes de exasperación se fijaron en el que fríamente, prosiguió:

—Eres, una bestezuela despreciable, Malvina, pero hemos de

seguir juntos. Yo disparé seis balas, pero la policía se extrañará mucho, cuando les diga que te procuraste la misma indumentaria que Coral, que te peinaste igual que ella, que conservaste la pistola para hacerme un chantaje. Comprenderán entonces que yo no tenía el menor motivo para matar a Jerry Addams y a Coral Rinaldi: fui lentamente inducido a matarles. La ley es más dura para quien induce que para quien mata. El jurado te mirará con horror, con asco… A mí con pena.

—Me das horror y asco, William. ¿Serías capaz de negarte a la separación…?

—No me niego a que te vayas, Malvina. Me limito simplemente a jurarte que no tendrás un solo centavo mío. Igualmente como juré que te mataría si no me respetabas como marido… y cumplí creyendo matarte, sabes que cumpliré ahora. ¿Has ingeniado algo nuevo, Malvina? Yo puedo sugerirte un medio de librarte de mí. Un tercer acto genial. Esta vez tendrás que disparar tú. Después te rasgas las vestiduras, sales alocada y proclamas al primero que encuentres por la carretera, que tu marido en ataque de locura, intentó estrangularte. Primero puedes informarte por Pitman que te dirá que no he hecho testamento, y heredarías.

—No… hables así, William. Estás loco, estás loco…

Sonrió Levelyn, al replicar:

—De pasión por ti, víbora. Tendrás que resignarte a ser mi esposa. O a matarme…

—Sabes que si yo… que yo no puedo…

Estalló ella en histéricos sollozos. William Levelyn continuó sentado, fríamente expectante.

Cesó el arrebato femenino. Sé levantó Malvina.

—Has ganado, William. Estamos encadenados por el secreto. Volvamos a la ciudad.

—¿Dónde guardas la «Luger» y las ocho cartas?

—En la caja del hotel Simpson de Evanstown.

—Vuelves a mentir, querida. La «Luger» la llevas en tu mano, dentro del bolsillo de este chaquetón… ¿es modelo exclusivo? Si mientras estuve desmayado recogiste las cartas y la pistola, encontrarías también la caja de balas. ¿O preferirás matarme lentamente? ¿Arsénico en mi desayuno? Deja huellas… Tu ingenio encontrará otro medio.

—Vámonos, William.

—¿Pretenderás hacerme encerrar por demente? No prosperaría tu demanda. Y no tienes valor para matar. Eres como yo… cobarde y repulsiva moralmente hablando. ¿Te vuelvo la espalda, Malvina?

El primer disparo a través del bolsillo, alcanzó a Levelyn en el pecho. El segundo en el estómago, el tercero en la cara…

Gritaba ella, mientras disparaba y siguió gritando cuando se encontró cogida por los codos, y debatiéndose como una fiera, intentaba librarse de la inesperada acometida.

Peter Wilkes la golpeó sin galantería.

* * *

Hacia las ocho, Dave Conway escuchó el zumbido que procedía de un aparato acústico instalado a un lado del garaje. Bajó Sam Kennedy, diciendo:

—Comunicación de Carfax. Puedes venir conmigo y escuchar, hermano.

Bajó Scanscio, y tras él se parapetó Conway.

—A ello. Cuidado con lo que hacemos, crápulas.

Sam Kennedy pulsó una palanca; Una voz anunció:

«En marcha. Hacia la casa, Sam. En marcha».

Cesó la voz, y comentó Sam Kennedy:

—Carfax tiene una voz pastosa, agradable. Ya oíste, Scanscio. Ya puedes disparar a quemarropa a este policía.

Sam Kennedy perdió su respetable aspecto, al tirarse al suelo cuan largo era.

Anselmo Scanscio tuvo un momento de infinita sorpresa, en que se paralizó su instinto defensivo.

Dave Conway golpeó con los puños a un lado y otro de la cara del italiano, y con la misma precisión de un martillo émbolo, continuó en serie demoledora.

La decena de puñetazos distribuidos con matemática precisión, dejó por completo ajeno a cuanto iba a suceder a Scanscio.

Sam Kennedy se levantó, sacudiendo el polvo de sus ropas. Recogió su sombrero.

—¿Qué clase de crápula es usted, Sam?

—Un crápula inteligente. Me vi cogido entre dos fuegos. Fosco

quiere matar a Carfax. Y Carfax quiere matarle de furor. Yo fui el elemento de enlace, pero no podía tolerar que muriera un joven policía. Es mi concepto de lo que está bien y lo que está mal. Allá Fosco y Carfax con sus asuntos particulares. Pero yo soy un consciente maleante, sin sangre en mis manos, salvo la de algún que otro pavo que he matado por Navidades…

—¡A ello, Sam! ¿Dónde está ahora Carfax?

—En casa de Fosco.

—¿Y Fosco?

—No sé. Pero supongo que lo más natural es que se encuentre en su casa.

—¿Y cómo se atreve el cobarde Carfax a entrar en casa de Fosco?

—Debe suponer que Fosco está fuera. No sé… Yo me limité a cobrar diez mil dólares de Fosco, para mentirle a Carfax. Pero mintiendo de modo que Carfax se lo creyera. Tengo que velar por mi porvenir, señor Conway. No se apresure… Llegará tarde. En estos momentos, Carfax y sus dos lugartenientes se van a llevar una mala sorpresa. ¿Me necesita, señor Conway, o puedo retirarme?

—Lárguese lejos de la ciudad, Sam.

—Pienso establecerme en California. Una tienda de libros viejos. Es un negocio muy productivo. He decidido retirarme de las aventuras, impropias de mi edad.

Levantó Sam Kennedy su sombrero.

—Muy buenas noches, señor Conway. ¿Tendré que esperar a hacer declaraciones?

—¿Por qué tuve que esperar estas tres horas aquí?

—Carfax había dispuesto que fuera usted depositado en cualquiera de las habitaciones de la casa de Fosco. Este muchacho quería merecerse el grado de ejecutor. No se ha estrenado. Es un chico que no llegará lejos, en la difícil carrera que ha elegido.

Dave Conway estaba ya en el coche, que maniobró abandonando el garaje.

Meticulosamente, Sam Kennedy se arrodilló, para ir atando con alambre los codos y rodillas de Scanscio.

El italiano abrió los párpados. Sam Kennedy dijo:

—Te has librado de buena, chico. Una paliza a nadie hace daño, si se aprovecha la lección. Me temo por ti, que vas a ser el único

superviviente de las bandas de Carfax y Fosco. Adiós, Anselmo. Un consejo, amigo mío. ¿Por qué no te cambias el nombre? Es grotesco. Estamos en tierra de promisión. Pide que te transformen en Elmer Scanty, y podrás llegar a jefe de la brigada de barredores del «Loop».

Sam Kennedy sacudió sus rodillas y alzó el sombrero.

—Adiós, Elmer Scanty. Espero sacarás fruto de nuestra breve relación.

—Quítame… esto, Sam… Cochino… Déjame libre…

—Soy benévolo pero no idiota, amigo Scanty.

Abandonó Kennedy el garaje, cerrando desde el exterior la puerta. Al día siguiente, el vagón en el que iba hacia California, se salió de rieles. Entré las tres víctimas, estaba Sam Kennedy, con diez billetes de mil dólares sin estrenar.

* * *

Dave Conway conducía a velocidad máxima. Dos motoristas le hicieron señales, con los faros, en barraje con sus dos máquinas en la carretera.

—¡Policía! —anunció, gritando, Conway.

Flemático, uno de los agentes se aproximó.

—Eso es lo que somos, ciudadano.

—¡Y yo! ¡Soy Conway, de la Brigada Criminal!

—¿Dave Conway? Entonces le damos escolta, compañero Conway. Es urgente que se presente al inspector Callaghan. Han cesado ya las dos búsquedas. La de usted, y la del asesino de Jerry Addams y la Rinaldi. La orden es terminante. Debemos conducirle a presencia del inspector Callaghan.

—A ello —bramó Conway.

* * *

En el coche, detenido en el Michigan Bulevar, dijo Carfax:

—¿Y bien?

Jack Preston informó:

—A las siete y media en punto salieron en el «Cadillac», Fosco,

Buddy y Godfrey. No han regresado.

—Vamos.

Bajó Don Carfax, y precedido por Preston, advirtió:

—Vete a abrir, Butler. Entrarás el coche. Es una visita muy amistosa, y no tenemos por qué ocultarnos.

Bruno Butler introdujo una de las ganzúas en el cerrojo de la verja y abrió.

Todas las luces estaban apagadas al interior, salvo la del pórtico de entrada.

—Llama, Preston. Hay que ser correctos.

Llegó Butler, que probó varias llaves hasta dar con la apropiada. Entró, encendiendo la luz del gran vestíbulo.

Pasó Don Carfax y a sus espaldas cerró Butler.

Pistola en mano, Jack Preston avanzó, mirando a todos lados.

Bruno Butler, a un lado de Carfax, dirigía hacia todos los rincones el corto cañón de un fusil ametrallador.

—Mira en la cocina, Preston.

Jack Preston miró desde el umbral. Bruno Butler avanzó unos pasos, rasando la pared izquierda.

Don Carfax, con las manos en los bolsillos de su abrigo ligero, bajo el que podía ocultar el chaleco de amplios bolsillos de lona, avanzó dos pasos más.

Comentó:

—Mejor será esperar a Sam y Scanscio. Que suban ellos arriba. Está visto que no hay nadie por aquí, pero cuando esos dos traigan al policía, los dejáis secos. Después telefonearás al comisario jefe de la Octava. Le dirás solamente que haga exhumar el supuesto cadáver de Coral Rinaldi. Sólo eso, Butler. Después cogerás tú el teléfono, Preston. Le dirás al comisario jefe dónde está Fosco.

—¡Aquí!

Las dos sílabas fueron apagadas por el sofocado vomitar de silenciadores.

Fueron rebotando como peleles, Preston y Butler, disparando automáticamente, por contracciones espasmódicas de sus miembros.

Don Carfax chilló agudamente, mientras corría hacia atrás. Forcejeó con la puerta…

Unos disparos hicieron saltar los cristales a cada lado de la puerta, y contra ella se aplastó, demudado, tembloroso, el

«gángster»…

Privado de sus escoltas, era un abyecto ser desprovisto de hombría.

—Así, quieto, Don… No te muevas mucho, para girar sobre tus tacones, y que te vea la cara… He de invitarte a rezar, arrodillado ante ella… ¡Vuélvete o te taladro, Don Carfax!

Don Carfax giró lentamente, y cayó de rodillas al ver el lento subir y bajar del fusil ametrallador que Fosco Rinaldi, ominosamente, le encañonaba…

—¡No fui yo, Fosco, lo juro por todo lo que hay de más sagrado!

—¿Hay algo sagrado para nosotros, Don? Sigue así de rodillas y vas a rezar por ella. Empieza a rezar, Don. Una oración sencilla, como le gustaban a Coral… Ella, todas las noches se arrodillaba junto a su cama y decía: «Que mi padre sea siempre tan bueno contigo, Señor»… ¡Reza, Carfax, reza!

Un aullido repentino crispó las facciones de Rinaldi. La sirena policial… A su espalda, gritaron Loyal, Wilson y Enzio:

—¡La policía, jefe, la policía! ¡Nos van a pescar!

—¡Nos van a coger aquí con estos…!

Fué el momento que intentó aprovechar Don Carfax, que se tiró de bruces a la vez que sacaba su pistola.

Fosco Rinaldi ametralló hacia el suelo, como si vaporizara pólvora y plomo sobré una alfombra.

Un balazo le penetró en el vientre. Se dobló hacia delante, y la boca del ametrallador se incrustó en la espalda de Carfax, y continuó disparando.

Loyal, Wilson y Pertile corrían hacia la salida posterior. Pero la Brigada Criminal rodeaba el edificio.

* * *

—¿Y usted consintió que ella matara así… a sangre fría? —preguntó Callaghan a Peter Wilkes.

—No creí que iba a matar, sino a irse con él.

El inspector Callaghan miró con repulsión a la que, hinchadas las mandíbulas, cerrado un ojo, y agrietados los labios… parecía imposible que hubiese podido inspirar tan loca pasión a William Levelyn.

* * *

—Que vuelva a su Italia natal, es lo mejor —concluyó Dave Conway—. Y sabe que si regresa a los Estados, irá a la cárcel. Realmente creo que a tu hermano le servirá de lección el final de esta crápula. Tenemos que despedirnos, chiquilla. Te escribiré desde Springfield…

—Hay que ahorrar… ya. No gastes sellos, Dave… Escribir te cuesta. Me lo dices por el camino.

Y Dave Conway lo dijo sin palabras. Besó con salvaje ternura, torpemente, estrujando y respirando con ansia.

Alida Scanscio suspiró:

—*¡Madonna mía!* Este es mi hombre.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 333 - Adela Gala.
■ SU INVISIBLE PRESENCIA

Núm. 334 - Trini de Figueroa.
■ ESTRELLAS DE PLATA

Núm. 335 - Sergio Duval.
○ DEUDA DE HONOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 173 - Isabel Salueña.
■ LA GRAN PRUEBA

Núm. 174 - M.ª Adela Durango.
■ EN EL MUNDO DEL CINE

Núm. 175 - C. de Monterrey.
○ LA DICHA PROHIBIDA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 274 - Tex Taylor.
■ EL OTRO LARRY

Núm. 275 - M. L. Estefanía.
■ COLORADO

Núm. 276 - Raf Segrram.
○ ODIO A MUERTE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 138 - Andrew Castle.
■ ESPÍAS EN ACCIÓN

Núm. 139 - Red Lowell.
■ BUITRES SOBRE HOLLYWOOD

Núm. 140 - Red Hartland.
○ MUERTE EN EL BRONX

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 229 - Corín Tellado.
■ ¡BONITA... BONITA!

Núm. 230 - María Teresa Albó.
■ ENCUENTRO INESPERADO

Núm. 231 - E. Aguilar de Rücker.
○ CON LOS OJOS CERRADOS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 59 - Laura Tur.
■ LA VENUS MODERNA

Núm. 60 - Agueda de Vianney.
■ MARIDO COMPRADO

Núm. 61 - L. Masota.
○ LA ESCLAVA DE JAMAICA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 17 - Arnold Briggs.
■ BRIGADA FLUVIAL

Núm. 18 - Vic Peterson.
■ LOS GANGSTERS INVESTIGAN

Núm. 19 - Arnold Briggs.
○ LA GUILLOTINA PORTÁTIL

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 12 - Sergio Duval.
■ JUEGO DE AUDACES

Núm. 13 - Nylhama.
■ EL ÚLTIMO BESO

Núm. 14 - Laura Tur.
○ LOCURAS DE JUVENTUD

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO *5* PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**